

Joseph Simler sm
4º Superior General de la Compañía de María

GUILLERMO JOSÉ CHAMINADE

**Fundador de la Compañía de María
y del Instituto de las Hijas de María
(1761-1850)**

Tomo I

Edición española crítica: Eduardo Benlloch, sm
Traducción: Ignacio Otaño, sm

Edición original:

Guillaume Joseph Chaminade, chanoine honoraire de Bordeaux, fondateur de la Société de Marie et de l'Institut des Filles de Marie (1761-1850)

Librairie Victor Lecoffre – Paris et Librairie Féret et Fils – Bordeaux 1901

Edición en español:

En papel:

© **Servicio de Publicaciones Marianistas. Madrid. 2005 (vol 1); 2006 (vol 2)**

Digital:

© **Ágora marianista. 2015**

Abreviaturas usadas por el editor en lengua española:

ABT: Cartas de Adela de Batz de Trenquelléon, v. I, SPM, Madrid 1995, v. II, SPM, Madrid 2002.

AGMAR: Archivos Generales de la Compañía de María en Roma.

EP: Guillaume-Joseph Chaminade, *Écrits et Paroles*, 5 volumes, Piemme, 1994-2001 (Edición en español: SPM. Madrid. Desde 2012)

Lettres: Lettres de M. Chaminade, 8 tomes (I-V: Havaux, Nivelles 1930; VI-VIII: Éditions AGMAR, Roma 1977). Edición en español: SPM. Madrid. Desde 2012

J.V.: Joseph Verrier, SM, *Jalons d'histoire sur la route de Guillaume-Joseph Chaminade* (publicación pro manuscrito, comenzada en CEMAR, en marzo de 1977) Utilizaremos la edición de la Provincia de Francia.

P.H.: Pierre Humbertclaude, SM, *Contribution à une biographie du Père Chaminade* (policopiado), Séminaire Marianiste "Regina Mundi", 1968

Nota de la edición española

El P. Simler, al escribir esta biografía del P. Chaminade, realizó una obra admirable. Admirable, en primer lugar, por su amplia erudición. Admirable, en segundo lugar, por su difícil y valiosa documentación. Y digo difícil, porque en aquel momento los archivos de la Compañía eran unos montones de papeles bastante desordenados. Admirable también por la oportunidad de su publicación: el P. Simler tiene el mérito indiscutible de haber sacado del olvido la figura del fundador y haberlo propuesto a los lectores, de una forma tan cuidada y tan afectuosa. Sencillamente, el P. Simler devolvió su fundador a la Compañía de María. Nadie duda de que nos encontramos ante una obra monumental, ante un clásico de nuestra literatura de familia. Pero precisamente, por el estado en que se encontraban las fuentes y los documentos consultados, resultó inevitable que se introdujeran en su libro errores de fechas, tanto de cartas como de acontecimientos. Además, con el paso de los años, investigadores posteriores, han tenido que corregir o completar algunos datos consignados en la presente biografía. En este sentido, se conservan en los AGMAR (Archivos Generales Marianistas) algunos ejemplares de esta obra anotados a mano, uno de ellos profusamente, por diversos estudiosos. En algunas ocasiones, da la impresión de que el P. Simler cita de memoria o, al menos, sin atenerse textualmente al original. Dado el carácter clásico de este libro, la traducción española que ofrecemos respeta íntegramente el texto del P. Simler, pero en notas o añadidos del editor nos veremos obligados a señalar oportunas rectificaciones. Para no amontonar anotaciones que dificulten la lectura, solamente recogeremos las correcciones más llamativas y más interesantes para un lector contemporáneo de lengua española. Siempre que sea posible, también señalamos las referencias que son accesibles, porque afortunadamente gozamos hoy de unos archivos convenientemente catalogados y de una serie de publicaciones que reproducen, de forma ordenada, aquellos montones de papeles que el P. Simler, o su documentalista el P. Klobb, manejó.

Hay otro aspecto fundamental en que es preciso modificar la perspectiva del P. Simler. Al relatar los últimos años de la vida del P. Chaminade, es manifiesto que el P. Simler se vio torturado por un terrible dilema. Él había conocido y querido a sus dos predecesores en el cargo de Superiores Generales. Eran precisamente los que se habían opuesto al P. Chaminade en el conflicto, que tanto le hizo sufrir. ¿A quién salvar? Precisamente por querer salvar a todos, intentó una interpretación muy forzada de algunos hechos, desenfocando gravemente la realidad histórica. Estudios y hallazgos posteriores han confirmado la lucidez, entereza y heroicidad de las virtudes del P. Chaminade que han conducido en la Iglesia a su beatificación solemne el 3 de septiembre de 2000. En los dos últimos capítulos trataremos de explicar la lectura o interpretación errónea que hace el P. Simler de lo sucedido en los últimos años de la vida del P. Chaminade y tendremos que restablecer una perspectiva más serena y ajustada a la realidad de los hechos.

Todo lo que procede exclusivamente del editor – notas adicionales o apostillas – lo escribiremos siempre en este color. Así quedará destacado el texto original del P. Simler. Sirva esta indicación general para no tener que repetir constantemente que se trata de una añadidura o nota del editor.

Era urgente realizar una tarea como la que pretendo con esta edición, porque la biografía del P. Simler ha servido de fuente universal para la mayor parte de los divulgadores que han venido perpetuando alguno de sus errores. Confieso que muchas veces he pensado que había emprendido una obra superior a mis posibilidades y hasta he llegado a desanimarme un poco. Tengo una clara conciencia de que presento un resultado inacabado e imperfecto. Pero deseo con todo mi corazón que otros investigadores corrijan, continúen y terminen lo que he hecho. Y lo deseo precisamente por el cariño y la admiración que profeso al P. Simler.

En el original francés, esta obra venía precedida de una carta-prefacio del cardenal Lecot, arzobispo de Burdeos, que omitimos en esta edición porque no nos parece adaptado a este momento, un siglo después de su publicación.

Eduardo Benlloch, SM

PRÓLOGO

Encerrado en París durante el largo asedio de 1870-71, ocupábamos nuestro tiempo libre en recorrer los archivos de la Compañía de María, cuando nuestra atención se detuvo en los documentos que se referían al fundador de la Compañía, P. Chaminade. La lectura de estos documentos fue para nosotros una revelación. En verdad, nos decíamos a nosotros mismos, el P. Chaminade ha sido y es todavía, más de lo que se piensa, un desconocido, no sólo en las regiones en que ejerció su apostolado, sino también en las familias religiosas en que se continúa viviendo de su espíritu y, en cierta manera, bajo su dirección.

Sabíamos que, en todo momento, había recomendado a sus discípulos y había practicado él mismo esta máxima eminentemente cristiana: «Ama ser ignorado y ser tenido en nada»¹. Y este amor a la vida escondida explicaba cómo había podido vivir sin atraer hacia él la atención del público, y morir sin que se tuviese muy en cuenta su desaparición. Pero ¿se justificaba el silencio que planeaba sobre la persona y las obras de este hombre apostólico? ¿Eran de alabar este silencio prolongado y este olvido aparente? ¿No eran más bien de lamentar, sobre todo en los Institutos de los que era el fundador? La Providencia, al poner en nuestras manos los numerosos documentos guardados hasta entonces en sus cajas, ¿no nos invitaba a sacarlos a la luz del día, para que el P. Chaminade se nos presentase tal como era, tal como se revelaba en sus cartas y en sus actos de vida?

Lo cierto es que la piedad filial nos llevó a continuar el trabajo comenzado durante la guerra. Pero nuestros tiempos libres, al ser menos frecuentes, nos impusieron, muy a nuestro pesar, largas y numerosas interrupciones. Un examen rápido y una primera clasificación de los documentos nos habían llevado a descubrir lagunas que nos parecían difíciles de llenar. Sobreabundaban los materiales a partir de la época de la fundación de la Compañía de María, pero faltaban casi por completo de todo el período anterior. Preveíamos que para encontrar fuera lo que faltaba en nuestros archivos, serían necesarias investigaciones laboriosas.

Gracias a diversas indicaciones que hemos ido recogiendo poco a poco, hemos descubierto vestigios que nos han permitido seguir al P. Chaminade durante su larga carrera, sin perderlo nunca de vista. Para llegar a ese resultado, nos hemos trasladado a las ciudades en que esperábamos encontrar huellas de su estancia y de su apostolado. Hemos interrogado a personas y consultado en los archivos públicos y privados de Périgueux, Mussidan, París, Zaragoza, Tarbes, Auch y Agen, pero sobre todo de Burdeos, en que el arzobispado nos ha entregado verdaderos tesoros, gracias a la activa colaboración del archivero adjunto, el Padre H. Lelièvre. En todas partes hemos encontrado una excelente acogida, y es un deber expresar aquí nuestro agradecimiento a todos los que se han puesto a nuestra disposición para estas investigaciones con una solicitud que no podremos olvidar.

La obra está destinada a dos categorías de lectores: a los miembros de las familias religiosas fundadas por el P. Chaminade y a esa parte de público que se interesa por las cuestiones religiosas contemporáneas. Para hacer el libro útil a todos, hemos tenido que resignarnos a no contentar del todo ni a unos ni a otros. Algunos hubieran querido encontrar en estas páginas largos y numerosos extractos de las cartas del P. Chaminade. Otros probablemente esperaban ver más a menudo ampliarse el horizonte y abrir puntos de vista sobre las partes de la historia general que forman el cuadro natural de esta vida particular. Los límites a los que debíamos restringirnos no nos han permitido satisfacer todos esos *desiderata*.

Hay un punto, sin embargo, que esperamos que todos sabrán reconocernos: hemos tomado como regla invariable decir lo que es, y, no lo que, para algunos puntos de vista, parecería deseable; exponer las cosas con sencillez y franqueza, y no presentar los hechos según una idea preconcebida. La preocupación por la verdad debe estar en primer lugar, no sólo cuando se escribe para contar, sino también cuando se escribe para ser útil y llevar al bien. Nos hemos inspirado en una idea que todo el mundo aprueba y que el Cardenal Gibbons ha expresado en estos términos: «Conocían bien poco las almas los que nos daban vidas de santos demasiado espiritualizadas, luz sin sombra, pintura sin fondo, caracteres absolutamente depurados de debilidades humanas, y tan poco reales que no pueden servir de estímulo ni de ejemplo».

Hemos tenido cuidado de indicar las fuentes de donde hemos sacado nuestras informaciones. Así cada uno podrá controlar el valor de los testimonios sobre los que reposa nuestro relato.

No queremos guiar al lector señalándole los pasajes que merecerían una atención especial. Se diría con razón que semejante pretensión estaría desplazada por nuestra parte.

José Simler

París, fiesta del santísimo nombre de María, 16 de septiembre de 1901.

¹ *Imitación de Cristo*, I.I, c. II.

Capítulo 1: La infancia (1761-1771)

Guillermo José Chaminade nació el 8 de abril de 1761 en Périgueux, capital del antiguo Périgord.

Esta ciudad, pintorescamente situada a orillas del río Isle, tenía entonces entre siete y ocho mil habitantes. Pero ya se extendía fuera de sus murallas y se embellecía con paseos y elegantes barrios, gracias a los trabajos del intendente Tourny, a quien también Burdeos debía su transformación. Pero la masa de la población se aglomeraba en el cerro en que se había establecido la plaza fuerte de la edad media. Sus calles eran estrechas y tortuosas, y la caliza gris de las fachadas hacía el laberinto más sombrío todavía. En algunos puntos se abrían plazas minúsculas, y los edificios de la ciudad se beneficiaban así un poco de la luz del día y de respiro.

Pero la mayor parte, iglesias antiguas o hermosos palacios del Renacimiento, quedaban enclavados en las oscuras callejuelas. El mismo Saint-Front, orgullo de Périgueux, monumento único en Francia, de estilo cercano al de San Marcos de Venecia y Santa Sofía de Constantinopla, estaba metido entre casuchas y tenderetes que ocultaban su grandiosa arquitectura.

En la calle que daba al pórtico de la catedral, la calle Taillefer, estaba la casa paterna de Guillermo-José Chaminade². Su padre, Blas, era hijo de un maestro escultor, originario de Saint-Astier, en los alrededores de Périgueux. Primero ejerció la profesión de maestro vidriero, convirtiéndose después en comerciante en telas por su matrimonio con Catalina Béthon, hija de un comerciante de la ciudad³.

Por su origen y por el de su mujer, Blas Chaminade estaba relacionado con el mundo modesto de los artesanos y de la pequeña burguesía. Estaba emparentado con familias muy antiguas de la ciudad, como los Deffieux⁴, los Lardidie, los Lachapelle y los Moyne o Lemoyne. Estas dos últimas familias dieron varios maestros de capilla a las parroquias de Saint-Front y Saint-Silain. Uno de ellos, Juan Bautista Lemoyne (1751-1791), se ha hecho un nombre entre los contemporáneos del P. Chaminade, y sus talentos de artista han hecho que se le compare con el mismo Gluck.

Los Chaminade no tienen historia, al menos los que nos ocupan, aunque no faltan los homónimos ni en Périgueux ni en el Périgord. Los libros de registro de la ciudad del siglo XVIII mencionan un gran número de ellos. Se encuentran Chaminade de condición social baja, carpinteros, zapateros, peones. Los hay también más favorecidos por la fortuna que poseen hermosos palacios en la calle Eguillerie y que tuvieron parte en la administración pública⁵. Estas familias homónimas no tenían en esta época ningún parentesco entre ellas. Por otra parte, una rama auténtica de la familia Chaminade que nos interesa había emigrado a Berna, en Suiza, como aparece en una correspondencia posterior⁶.

² Esta casa antiguamente tenía el nº 6. Ahora nos ha parecido reconocerla en el nº 32 actual.

³ El matrimonio de Blas Chaminade con Catalina Béthon se celebró el 19 de febrero de 1743 en la parroquia de Saint-Silain. Blas había nacido hacia 1712 y era hijo de Juan Chaminade, maestro escultor, y de Margarita Lecourt. Catalina Béthon o Mallain (a la familia se le designaba con cualquiera de los apellidos) nació hacia 1720, siendo su padre Bernardo Béthon o Mallain, comerciante, y su madre Guillermina Lavène. La mayor parte de las informaciones que tenemos sobre los orígenes de la familia Chaminade se las debemos al canónigo Eugenio Chaminade. Le renovamos nuestro agradecimiento.

⁴ Un Chilhaud des Fieux había liberado Périgueux de la opresión de los protestantes en 1654.

⁵ El Chaminade que tristemente llevó la cruz del obispo constitucional Pontard, y que cumplió con este intruso un papel particularmente odioso, era de baja extracción (P.-J. Crédot, *Pierre Pontard*, Paris, Delhomme et Briguët, 1893, p. 251). Al contrario, un Pedro Chaminade, notario real, cumplió en 1653 las funciones de teniente alcalde de la ciudad. Uno de sus descendientes, Juan Francisco Chaminade, era abogado en el Parlamento; otro, Pedro, fue, en 1789, diputado del barrio de Eguillerie. (P.-J. Crédot. *o.c.*, p. 8).

⁶ Carta del P. Chaminade a Caillet, 25 de marzo de 1824. *Carta 275, Lettres, t. I, p. 523*.

Aunque de condición social media, Blas Chaminade había heredado de sus antepasados el muy apreciado título de burgués de la ciudad^a. Un burgués de Périgueux se consideraba igual que un noble. En 1789 eran sólo cuatrocientos; dependían sólo de la corona, administraban la ciudad según su voluntad y en la cabecera de sus deliberaciones inscribían esta orgullosa fórmula: «los ciudadanos señores de Périgueux». Hasta la gran Revolución, defendieron encarnizadamente sus derechos contra las intrusiones del Parlamento de Burdeos o del capítulo de Saint-Front⁷.

Sin embargo, este título no era lo mejor de la herencia que los Chaminade habían recibido. Lo que más valía era una tradición de honor y de virtud religiosamente conservada en este hogar que guardaba las antiguas costumbres. No se dejaba que entrase la influencia malsana de las ideas de la época que atacaban fuertemente a la religión y a la autoridad. Se mantenían con convicción los grandes principios que habían constituido la fuerza y la probidad de los antepasados y se desconfiaba de toda novedad.

Sin embargo, era difícil no prestar oídos a las voces de reforma que aumentaban de día en día y proclamaban claramente que Périgord era una de las provincias más abandonadas por la monarquía y que las calamidades se iban sucediendo sin interrupción desde hacía dos siglos. La Reforma y la Fronda la habían arruinado y despoblado: el triste reinado de Luis XV aumentaba todos los días la miseria: «Las guerras religiosas, las guerras civiles han convertido a Périgord, ese antiguo jardín de nuestros reyes, *regis Franciae viridarium*, en landas y brezos»; así se expresaban en 1785 los canónigos de Périgueux. El Tercer Estado se hacía también eco de la situación en su pliego de quejas en 1789: «Que los Estados generales tomen en consideración el suelo de la provincia; la mayor parte, que es muy montañosa, no produce nada o casi nada, falta de brazos y privada de comercio por carencia de grandes caminos y ríos navegables»⁸.

Así pues había un anhelo de mejoras y se prestaba oído atento a los que las prometían. No se tenían malas intenciones y, aunque el objeto de algunas de las quejas fuesen los diezmeros⁹ y que la desigualdad de clases fuese muy acentuada en la provincia, se querían reformas políticas y económicas, más que reformas sociales y religiosas. Desgraciadamente el viento que soplaba la novedad aportaba mezcla de opiniones de todo tipo; no era fácil discernir el punto en que cesaba la justa medida y empezaba la exageración.

El propio Blas Chaminade se vio en un determinado momento sorprendido. El progreso de las ideas sedicentes filosóficas habían producido un relajamiento en las prácticas religiosas. Entre los comerciantes de Périgueux no se tenía ningún escrúpulo en tener las tiendas abiertas el domingo, con el pretexto que ese día cantidad de campesinos bajaban a la ciudad a hacer sus compras. Blas Chaminade siguió durante algún tiempo ese ejemplo. Pero esta concesión a las costumbres de la época no duró mucho. Se arrepintió y se reprochó como una cobardía su infidelidad en este punto a las sabias costumbres del pasado. Con riesgo de comprometer el negocio, cerró su tienda los domingos y días de fiesta. Hay que decir que su comercio no sufrió por ello. Al contrario, su honestidad fue más apreciada y los clientes llegaron a ser más numerosos que nunca¹⁰.

En este hogar cristiano los hijos eran numerosos. Era una tradición familiar. Juan Chaminade, el escultor, había tenido once. Blas había llegado a tener trece, de los que el último fue Guillermo José^b. De los seis que sobrevivieron¹¹, Blas entregó cuatro de ellos a Dios en la

^a *J.V., t. I (notes), p. 8, n. 52, interpreta la palabra “burgués” en sentido muy amplio, sencillamente como “habitante o ciudadano de” y niega su sentido estricto de título de “burgués de la ciudad”.*

⁷ Cf. G. Bussière, *Etudes historiques sur la Révolution dans le Périgord*, Bordeaux 1877, Primera parte, páginas 14 y siguientes.

⁸ G. Bussière, *op. cit.*, p. 68 y 110.

⁹ Recaudadores a los que el clero encargaba la recogida de los diezmos.

¹⁰ Es una anécdota contada por el propio P. Chaminade en las notas que dejó para el *Elogio fúnebre* de su hermano Luis, en 1808. *AGMAR 11, 7. 175.*

^b Según P.H., p. 18, los hermanos Chaminade fueron 14, el último de los cuales fue Guillermo José. *Además es probable que hubiera un 15º hermano que nació muerto.*

¹¹ He aquí sus nombres:

1º Juan Bautista (1745-1790), que entró en los jesuitas en 1759 y permaneció hasta la dispersión de la Compañía en 1762; pasó la mayor parte de su vida en el seminario de Mussidan, y allí murió.

vida sacerdotal y religiosa, una fuerte prueba más de su fe, como se verá por las circunstancias que acompañaron a la vocación de los mayores^c.

En septiembre de 1759, la muerte le había arrebatado dos de sus hijos, uno de dos años y el otro de seis. Y en este momento doloroso, Juan Bautista vino a decirle su proyecto de abandonar el mundo. Había acabado sus estudios en el colegio de Périgueux, que entonces estaba dirigido por los Padres jesuitas. Sus éxitos y su virtud le habían hecho destacar entre sus discípulos, y, en el momento en que iba a volver a sus padres, pedía entrar en el noviciado de sus maestros en Burdeos. Blas Chaminade lo aceptó con resignación, pero no sin dolor, y dejó a Dios las primicias que se le pedían.

Menos fácil fue su actitud respecto a su segundo hijo llamado, como él, Blas, y con el que se creía en el derecho de contar para ocupar junto a él el puesto que había dejado vacante su hermano mayor. Sin embargo, los gustos bien marcados del joven por la soledad y las austeridades le predestinaban al claustro, y varias veces había expresado a sus padres su proyecto de dejar el mundo. No le dieron importancia. Pero un día de octubre de 1762, una vez acabados sus estudios, se presentó a su padre, mostrándose dispuesto a marchar si le daba el permiso. Fue mal recibido y su vocación tratada de capricho.

Tras varios intentos infructuosos, el joven Blas tomó una decisión singular que muestra la fuerza de su carácter. Encomendando a la santísima Virgen el cuidado de hacer triunfar su causa, se negó a tomar ningún alimento hasta que fuese escuchado en su demanda. No creyeron que fuese a aguantar mucho tiempo. Pero al cabo de dos días su madre se alarmó. Impotente para hacerle cambiar con sus ruegos y sus lágrimas, tomó la causa de su hijo y arrancó a su marido un consentimiento doloroso: «¡Que se vaya, gritó el padre, pero que no le vuelva a ver más!» Blas, en cuanto oyó esto, dejó la casa paterna sin despedirse de nadie y se presentó al Prior de los Recoletos, pidiendo su admisión en el convento. Su tía, María Béthon, que era también su madrina, le dio su sortija de bodas y su diamante bastó para pagar la pensión del noviciado. Al año siguiente, en octubre de 1763, Blas pronunció sus votos solemnes tomando el nombre de Fray Elías y permaneció fiel al valor mostrado en este difícil comienzo¹².

El comerciante en telas se había resistido a sacrificar a su hijo Blas a causa de la edad todavía temprana de los que le seguían. Francisco, el tercero, no tenía más que siete años. Frecuentó como sus hermanos mayores el colegio de Périgueux que, desde la dispersión de los jesuitas en 1762, estaba dirigido por los dominicos o jacobinos. Francisco quedó en el mundo,

2º Blas (1747-1822), que tomó el hábito en los agustinos recoletos en 1762, pasó en Italia el tiempo de la Revolución y se dedicó al servicio parroquial después del Concordato. Murió siendo vicario de Saint-Astier, cerca de Périgueux.

3º Francisco (1755-1843), que continuó el comercio de su padre y tuvo varios hijos por los que se ha perpetuado la familia.

4º Luis Javier (1758-1808), que fue sacerdote y miembro de la Congregación de San Carlos, en Mussidan, y fue desterrado durante la Revolución; después del Concordato, fue director en el gran seminario de Burdeos.

5º Lucrecia María (1759-1826), que en 1780 se casó con un abogado del Parlamento, el Sr. Laulanie. Éste murió al primer año de su matrimonio; la viuda, sin hijos, se retiró a la casa paterna, después a Burdeos donde su hermano Guillermo, del que atendía la casa.

6º Guillermo José (1761-1850), de quien estamos escribiendo esta vida.

P.H., p. 18 publica el cuadro completo de los hermanos Chaminade, que corrige algunos de los datos anteriores. Este cuadro se encuentra también reproducido en Eduardo Benlloch, SM, "En los orígenes de la Familia Marianista", SPM, Madrid 2001, p. 12 (en la edición digital de "Ágora marianista" en pag 5)

^c *P.H., p. 5 cita el acta del bautizo de Guillermo Chaminade y dice que su madrina fue su hermana Lucrecia Chaminade. Es evidente que no pudo ser la que en la nota 11, el P. Simler identifica como una de las que sobrevivieron, porque sólo llevaba dos años a Guillermo. Según el cuadro completo de los hijos Chaminade que viene en P.H., p.18, esta Úrsula Lucrecia murió a los cuatro años. La Lucrecia Chaminade, madrina de Guillermo y que sobrevivió es la número 6 del cuadro y a ella corresponden los datos que en la nota 11 da el P. Simler, excepto la fecha de nacimiento, que fue el 15 de mayo de 1750. Era por lo tanto 11 años mayor que Guillermo.*

¹² Este relato está en las notas de uno de los discípulos del P. Chaminade, Pierre Serment.

se asoció a su padre, se estableció y extendió la familia que, por él, subsiste todavía en el Périgord y en la zona de Burdeos.

Los tres últimos hijos, Luis, Lucrecia y Guillermo, sólo tenían entre ellos una diferencia de edad de uno o dos años^d. Fueron educados juntos y los mismos gustos y la educación común hicieron que sus vidas estuvieran muy unidas y que se separasen lo menos posible uno del otro. Al contar la historia de Guillermo en sus años jóvenes, daremos a conocer el camino seguido por su hermano y su hermana.

Guillermo, el último retoño de esta familia patriarcal, había nacido en la casa de sus abuelos maternos, en la calle Froide¹³, a poca distancia de la calle Taillefer, pero de una parroquia diferente. Por eso no fue bautizado en la iglesia metropolitana de Saint-Front, sino en Saint-Silain, iglesia venerada también por su antigüedad y dedicada a uno de los primeros apóstoles del Périgord. Era la parroquia más importante de la ciudad después de la catedral¹⁴. Su párroco, Anian Dubois, administró el bautismo al niño. El nombre de Guillermo le fue impuesto por el padrino, amigo de la familia, el panadero Guillermo Moraux.

Seremos breves al hablar sobre los primeros años del niño, ya que nuestras investigaciones no nos han proporcionado casi nada sobre este tema. Además la vida entera del P. Chaminade nos hará ver lo que debió de ser su infancia, porque él decía que todo el bien que pudiera encontrarse en él se debía a su primera educación. En esta formación, la parte principal la atribuía a su madre. De ella conservaba su dulzura, su afabilidad, su moderación, su gran prudencia, pero sobre todo sus costumbres religiosas. Él estaba al lado de su madre cuando ella rezaba, se agarraba a su vestido cuando ella iba a la santa Mesa, como para participar a su manera en este acto divino. En las rodillas de su madre aprendió a pronunciar el *Credo*, su oración favorita, con ese tono de convicción que impresionaba a todos los que le oían. Y a su madre debía su devoción a María, devoción a la vez tierna y fuerte, que será el alma de su piedad, el objeto de su apostolado, su gran medio de ganar las almas.

Su madre, por su parte, le había dedicado ese amor de predilección que se da naturalmente al último hijo. No tenía que temer los celos de los demás hijos; para ellos, como para ella, Guillermo era el pequeño *Minet*, nombre que le quedó en las relaciones familiares, incluso después de ser ordenado sacerdote. Todos se sentían atraídos hacia él: su inteligencia precoz, la fina ingenuidad de sus contestaciones, su talante abierto, su amabilidad sonriente para con todos, ejercían ese encanto que le valió más tarde tantas heroicas adhesiones y le sirvió para ganar tantas almas para Dios.

Sus padres eran conscientes del deber que les incumbía ante una naturaleza tan rica. Le rodeaban de una vigilancia particular, apartando de él los peligros, aprovechando todas las circunstancias de la vida de cada día para dirigir hacia el bien una voluntad que ya se anunciaba enérgica. Nosotros podemos captar esta educación familiar en un detalle que recuerda el propio Padre Chaminade: «Podría repetirle, escribe en una carta de dirección¹⁵, lo que me dijo un día mi difunta madre en mi infancia para vencer la resistencia que yo oponía a dejarme lavar y peinar: *¡Algo tiene que costar el estar guapo!*» ¡Tiene que costar! ¡Lección austera pero fecunda! El sacrificio es la condición del bien y el principio del progreso para el niño en su educación, así como para el hombre en el cumplimiento de sus deberes de estado. A Guillermo le impresionaron esas palabras, las guardó y comprendió más tarde todo su significado.

Otra frase de su madre le acusó también una impresión duradera, puesto que en su vejez todavía la recordaba en sus conferencias. Decía: «Un día no di las gracias a mi madre por una cosa que me acababa de dar y ella me hizo simplemente esta observación: Esto no vale mucho, ni tan siquiera un gracias. Desde ese día no dejé nunca de dar las gracias». Efectivamente

^d *Ver nota c.*

¹³ Creemos podemos identificar esta casa con el número 20 actual de la calle Froide (*hoy Berthe Bonaventure*).

¹⁴ Según la leyenda, Saint Silain era un malabarista o un mago convertido por saint Front, a quien sucedió en el episcopado; sus reliquias se conservaban en la iglesia que llevaba su nombre. Esta iglesia perdió su título parroquial en la Revolución, fue vendida, demolida y reemplazada por la plaza actual del Ayuntamiento. (Estos datos y otros se deben a la amable erudición del canónigo Brugière).

¹⁵ A Mille de Lamourous, 26 de julio de 1800. *Carta 21, Lettres, t. I, p. 28.*

siempre se distinguió por una extrema cortesía, agradeciendo con una palabra amable cualquier pequeño servicio que se le prestase, aunque fuese de un criado.

De las rodillas de su madre, Guillermo pasó, en compañía de su hermano Luis, a una escuela parroquial¹⁶ o, más probablemente, a la *Petite Mission*, es decir, al Seminario Menor. Éste era contiguo a la catedral y, por tanto, muy próximo a la casa del comerciante en telas. Allí se daba una enseñanza muy amplia desde los *rudimentos* que debían aprender los dos niños hasta el segundo año de teología inclusive.

A la edad de comenzar sus estudios clásicos, Guillermo y Luis tendrían que haber seguido los pasos de sus mayores en el colegio de Périgueux. Pero no fue así. El colegio sufría una crisis ocasionada por la marcha de los Jacobinos, que la Universidad de Burdeos se negaba a admitir. Durante dos años, de 1769 a 1771, el colegio no tuvo titulares y fue servido mal que bien por los sacerdotes del Seminario hasta que los Doctrinarios aceptaron la dirección.

Precisamente en ese período de transición los dos niños tenían que empezar las clases latinas. Su hermano mayor, Juan Bautista, les llamó junto a él. Había vuelto a su diócesis tras la dispersión de la Compañía de Jesús; había acabado sus estudios teológicos en Périgueux y había entrado enseguida como profesor en el colegio de una pequeña ciudad de la provincia llamada Mussidan. Aquí quería él que continuasen su educación sus dos hermanos. No tuvo dificultad para que se los enviasen, a Luis en 1769, y a Guillermo, en 1771.

Nosotros vamos a seguirles. Antes mencionemos el hecho de su Confirmación, que probablemente fue antes de su entrada en el colegio. El catecismo que ellos tenían entre manos proponía la Confirmación «como la recompensa a su buena conducta y a la pureza de sus costumbres»¹⁷. Por lo que ellos fueron en

el colegio, pensamos que los dos niños merecían la esta *recompensa*. La recibieron, con su hermana Lucrecia, de manos de su anciano y santo obispo, monseñor de Prémieux¹⁸. Según la costumbre de la época, los tres adoptaron un nombre nuevo que añadieron al de su bautismo. Luis se llamó Javier, Lucrecia tomó el nombre de María y Guillermo el de José. Desde sus primeros años, san José era su patrono predilecto y su devoción al santo Patriarca se acrecentaba en proporción al amor que tenía a María. En adelante todas sus empresas se pondrán bajo los auspicios de este Santo y, como para dar a su nuevo patrono una señal exterior de su confianza, hizo prevalecer el nombre de José sobre el de Guillermo. En su firma, recordaba su primer nombre sólo con la letra inicial G., y, sin embargo, escribía el nombre de José con todas las letras. Hasta el final de su vida fue fiel a este uso y a esta devoción. En conformidad con una intención tan marcada, le llamaremos con este nombre preferido.

Capítulo 2: Los estudios (1771-1785)

Mientras que el Périgord Norte, las regiones arboladas del Nontronais y del Sarladais, eran consideradas en el siglo XVIII como pobres y de aspecto salvaje, el valle del Isle tenía la fama de fértil y risueño. Mussidan era uno de sus burgos más importantes.

Situada a orillas del río varias leguas abajo de Périgueux, coquetamente apoyada en los últimos contrafuertes de las colinas del Périgord, Mussidan gozaba de todas las ventajas de la naturaleza y, por eso, había excitado la codicia de la gente de guerra que las luchas políticas o

¹⁶ Se ha escrito que los Hermanos de las Escuelas cristianas tenían a su cargo entonces las escuelas primarias de Périgueux, pero eso no responde a la realidad.

¹⁷ *Catéchisme imprimé par ordre de Mgr Jean-Chrétien de Prémieux* (Périgueux, sin fecha: el mandato es del 25 de mayo de 1750); página 62.

¹⁸ Mgr. Jean-Chrétien Macheco de Prémieux, obispo de Périgueux de 1732 a 1771, era originario de la diócesis de Lyon. Destacó, por su fidelidad a la residencia, mérito apreciable en esta época, y por las numerosas fundaciones religiosas con las que enriqueció su diócesis.

religiosas habían llevado al país. Actualmente estaba desmantelada¹⁹ y una capilla dedicada a nuestra Señora du Roc reemplazaba al antiguo castillo de los duques de Force.

En un barrio de la pequeña ciudad se alzaba el colegio en que José Chaminade iba a proseguir sus estudios. Era de fundación reciente. En sus viajes pastorales, monseñor de Prêmeaux «había reconocido la necesidad que tenía la ciudad y sus alrededores de mayores auxilios espirituales» y había animado a un sacerdote de Mussidan, Pierre Dubarail, a formar una comunidad de sacerdotes seculares que «se ocuparían de las funciones de su ministerio en este cantón y se dedicarían especialmente a la santificación e instrucción de la juventud»²⁰. El duque de Force le prestó su ayuda y confió a la nueva comunidad el servicio de nuestra Señora du Roc.

El modelo de esta fundación fue la *Mission* de Périgueux, nacida bajo la influencia de san Vicente de Paúl y definida en estos términos por monseñor de Prêmeaux: «Es una Congregación única en su especie, que no depende más que del Obispo, que no se extiende fuera de la diócesis y formada por sacerdotes diocesanos»²¹. La *Mission* de Périgueux está puesta bajo los auspicios de san Carlos: se entregaba a la predicación y se encargaba de la dirección del Seminario mayor y menor, designados por ese motivo con los nombres de Grande y Pequeña Misión²².

Lo que era la *Mission* de Périgueux para el conjunto de la diócesis pretendía serlo para el cantón la nueva comunidad de Mussidan.

Como su hermana mayor, la joven Congregación tomó el nombre de San Carlos, se dedicó a la predicación y fundó una obra de educación, el colegio de Mussidan. Consideraba este segundo apostolado tan eficaz como el primero, pero a condición de evitar los peligros demasiado comunes a los colegios de entonces²³. Muchos de ellos no conservaban del pasado más que reglamentos y métodos caducos y, por incuria más que por voluntad expresa, se dejaban invadir por la marea ascendente de las doctrinas de la época. Se introducía el filosofismo, falseando las ideas y produciendo el desorden de las costumbres. Ya el buen Rollin presentía el peligro y denunciaba la impiedad creciente en las casas de educación²⁴.

No había que temer este peligro en el colegio de Mussidan, creado expresamente para reaccionar contra la corriente de las falsas doctrinas y de las costumbres relajadas. Abierto en 1744, había tenido la suerte de ser dirigido casi desde el principio por un sacerdote tan capaz como entregado, Henri Moze, perteneciente a una de las mejores familias del país. Para definir mejor el espíritu y la tendencia de su casa, Henri Moze consiguió para ella en 1761 el título y los privilegios de Seminario menor, y en adelante se llamó *Colegio-Seminario* de Mussidan. Era afirmar la voluntad de inculcar a los alumnos un espíritu fundamentalmente cristiano y de prepararles al sacerdocio, si su vocación les destinaba a ello.

El Superior estaba bien auxiliado. Había tenido el talento de rodearse de buenos colaboradores y, entre ellos, Juan Bautista Chaminade. Cuando el antiguo jesuita vino a guardar en la Congregación de San Carlos su amor a la vida oculta, aportaba la ayuda preciosa de una educación muy completa, coronada con el título de doctor en teología, y una formación religiosa

¹⁹ Tomada y vuelta a tomar durante las guerras de religión, Mussidan vio perecer bajo sus muros al conde Cossé-Brissac en el asedio de 1579. Fue desmantelada por los católicos en 1591.

²⁰ *Ordonnance décrétable de Mgr Machéco de Pémeaux*, 28 de julio de 1744. Este documento, así como algunos otros, nos ha sido indicado por el Sr. P.-J. Crédot, por lo que le estamos agradecidos. M. Crédot ha tenido ocasión de tratar del colegio de Mussidan en su obra sobre *Pierre Pontard*, porque el muy famoso obispo constitucional de la Dordogne era originario de Mussidan y había hecho sus estudios en el colegio de esta ciudad. Se pueden consultar sobre este tema las primeras páginas de esta obra. Los documentos relativos a los orígenes del colegio se encuentran en parte en el estudio de M. Merlet, sucesor de M. Triaud en Mussidan.

²¹ Brugière, *Le livre d'Or des diocèses de Périgueux et de Sarlat*, Montreuil, 1893, página XLII.

²² La *Mission* de Périgueux fue fundada en 1646 por un amigo de san Vicente de Paúl, Jean de la Cropte de Chantérac. Varias diócesis fueron dotadas en la misma época con creaciones análogas. Citemos, por ejemplo, en Burdeos los *Prêtres du Clergé* [Sacerdotes del Clero], fundados en 1636 por Jean Fonteneil, otro amigo de san Vicente de Paúl. La *Mission* elaboró en el siglo XVIII una teología dogmática y moral que tuvo cierto renombre.

²³ Para información sobre la situación de los colegios en el siglo XVIII, consultar A. Sicard, *Les Etudes classiques avant la Révolution*, Paris 1887.

²⁴ Sicar, *o.c.*, página 5.

y pedagógica que sólo la Compañía de Jesús sabía dar entonces. Leemos²⁵ que en Mussidan se distinguió «por su profundo saber y, más todavía, por sus virtudes. Se había identificado en alguna manera con Jesucristo, cuyo nombre adorable estaba constantemente en sus labios. Era inigualable en su vida sencilla, pobre, recogida y totalmente edificante. De una mortificación sin parangón, nunca se acercó al fuego en invierno». Estos pocos rasgos transmitidos por la tradición nos explican la profunda veneración que por él sentía su hermano pequeño José desde el día que fue confiado a su dirección.

José tenía diez años cuando dio, por primera vez, a sus padres el beso de adiós, recibió su bendición y cubrió, por los malos caminos del Périgord²⁶, las nueve leguas que separaban Périgueux de Mussidan. Su salud y su desarrollo físico salían ganando con este cambio: en el Seminario, situado en plena campiña en el camino de Burdeos, iba a respirar el aire libre tan parsimoniosamente medido por las callejas de Périgueux. Su educación intelectual y moral iba a continuar en condiciones excepcionalmente favorables: el medio difería poco del de la familia; la mente encontraba su alimento en unos fuertes estudios; el corazón, en los consejos y ejemplos de un hermano mayor que era un santo.

José fue admitido a la primera comunión poco después de su llegada a Mussidan. No tenemos detalles sobre este acto tan importante de su vida. Sólo sabemos que el primer encuentro verdaderamente personal de esta alma de niño con el divino Maestro dejó en él huellas profundas. Desarrolló sobre todo la virtud de fe que llegó a ser una de las características de esta piedad naciente. Provocó también un culto ardiente de la Eucaristía. Según un testigo autorizado²⁷, se le encontraba de rodillas, inmóvil, absorto en la meditación, durante horas enteras, ante el altar del Santísimo Sacramento.

Ya antes había sido iniciado en el ejercicio de la oración mental. Durante las vacaciones se dio cuenta de que su hermano Luis le dejaba para encerrarse en su habitación y preguntó qué ocupación era aquella que exigía una soledad tan completa: «Yo me ocupo de mí mismo», respondió Luis. José insistió hasta que tuvo la satisfacción de conocer y apreciar el gran secreto. Desde ese día, él mismo se dio asiduamente este ejercicio de perfección, y completó su formación con Juan Bautista, maestro competente en esta materia²⁸. Comprendió en su escuela que la oración es la condición indispensable del progreso en los caminos de Dios y le dio en adelante el primer puesto entre sus prácticas de piedad.

La oración daba a la devoción del niño un carácter más viril, pero sin perjudicar esa frescura de sentimiento propia de un alma pura. Amaba a María con un amor cada vez más creciente y le prodigaba los testimonios de su piedad filial. Le gustaba sobre todo postrarse a los pies de nuestra Señora du Roc, en la capilla de la que estaban encargados sus maestros. Compadecía a la Virgen de los Dolores y aprendía de ella ya pronto el misterio de la cruz, de la que iba a tener tan larga experiencia²⁹.

²⁵ Notas manuscritas del reverendo Rigagnon tituladas: *Précis de la vie et du Pontificat de Mgr Charles-François d'Aviau du Bois de Sanzay, archevêque de Bordeaux*, Bordeaux 1844. Este manuscrito nos ha sido comunicado por el muy amable y erudito Sr. Bertrand, bibliotecario del Seminario Mayor de Burdeos, al que pertenece. Estas líneas son citadas por el Sr. Bertrand en su *Histoire des Sémianires de Bordeaux et de Bazas*, 3 volúmenes, Bordeaux 1894, II, página 30.

²⁶ «No creo que los caminos del infierno puedan ser tan malos como los del Périgord». Carta de Vergniaud en 1789, citada por G. Bussière, *o.c.*, p. 105.

²⁷ Monseñor de Chamon, obispo de Saint-Claude, en una alocución a los religiosos de Courtefontaine en 1841. Monseñor de Chamon había sido en Carcassone el vicario general de monseñor de La Porte, que conocía íntimamente al P. Chaminade. *Cfr. AGMAR 17.5.313.*

²⁸ El P. Chaminade contaba más tarde en sus conferencias cómo Juan Bautista, siendo todavía novicio, había sido encargado de enseñar a hacer oración a un recién llegado al noviciado. Éste era sacerdote y quedó impresionado de las lecciones de su joven maestro; él mismo habló de ello después a José Chaminade.

²⁹ Esta capilla todavía está en pie, pero ya no tiene el mismo uso: sirve de sala de espectáculos a la ciudad de Mussidan. Sobre el dintel de la ventana que da al Isle, en el presbiterio de la capilla, se lee esta inscripción: *Mea rupes Christus est, nulla vi superabor*. Se dice que es una alusión a las dificultades que encontró la reconstrucción de la capilla. La estatua de nuestra Señora du Roc pasó a manos de un particular. Es de madera toscamente tallada. La Virgen sentada, y teniendo en sus rodillas el cuerpo de su divino Hijo, está asistida, a la izquierda, por un niño, que parece representar al Niño Jesús; el artista habría querido así expresar simultáneamente los misterios gozosos y los misterios dolorosos de la Santísima Virgen. *Hoy esta estatua*

Un accidente, que estuvo a punto de comprometer el futuro del niño, estrechó los lazos que le unían a María. Durante un paseo, los alumnos jugaban en una de las canteras de los alrededores. Algunos imprudentes se pusieron a escalar las paredes y desprendieron bajo sus pies trozos de peñasco de los que uno vino a dar a José en el pie. La herida pareció grave: al cabo de seis semanas de cuidados, no se había producido ninguna mejoría y al niño le costaba cada día más andar. Agotados los remedios humanos, Juan Bautista sugirió a su hermano la idea de recurrir a la santísima Virgen. José se dirigió entonces a su Madre con esa confianza que le expresaba en su vida diaria y le pidió lo que los hombres no podían darle. La curación fue tan rápida y completa que fue considerada efecto de esa oración. Los dos hermanos corrieron a pagar a María su deuda de agradecimiento y cumplir la promesa que habían hecho. Habían prometido una peregrinación al célebre santuario de nuestra Señora de Verdélais, cerca de La Réole. Hicieron la peregrinación pocos días después a pie, sin que volviese a aparecer ningún rastro de la herida³⁰. Hasta su extrema vejez, el P. Chaminade profesó un culto de agradecimiento hacia nuestra Señora de Verdélais³¹.

Los estudios del joven alumno iban a la par de su piedad. En poco tiempo alcanzó a su hermano Luis, que le llevaba dos años en el colegio pero tenía una salud delicada. Desde ese momento, los dos hermanos siguieron juntos las clases de *principios* y de *humanidades*, según el programa de estudios de todos los colegios de esta época. Cuando acabaron su retórica, dominaban la lengua latina, gracias sobre todo al ejercicio cotidiano de las discusiones y academias, tenían un conocimiento suficiente de la lengua y de los autores franceses, y además cierto baño de las ciencias y de la historia.

Habían terminado sus estudios en Mussidan: no se estudiaba allí la filosofía porque formaba parte de la enseñanza superior. Así pues había llegado para ellos la hora de escoger su camino. En San Carlos se les conocía como «amables, dóciles y estudiosos»³², de una piedad perfecta, en una palabra, modelos de seminaristas. Todo el mundo se esperaba que entrasen en el clero. Y efectivamente solicitaron el hábito eclesiástico y lo vistieron los dos en 1777.

Pero las aspiraciones de José no se quedaban ahí. Un día, poco después de su primera comunión, se había sentido como empujado a recogerse. Se acordó entonces que Juan Bautista le había recomendado que se mantuviera atento a la voz de Dios y que hiciese silencio en torno a su alma cuando Dios viniese a hablarle. Se refugió en la capilla y allí, en una efusión íntima, ofreció al divino Maestro el holocausto de sí mismo; comprendió que su ofrenda era aceptada y que Dios tenía el plan de emplearlo para su gloria. Considerándose desde entonces consagrado al Señor, no se contentó con observar los preceptos y se puso a practicar los consejos evangélicos. No tenía más que catorce años cuando Juan Bautista, admirando los efectos de la gracia en esta alma, le permitió pronunciar votos privados de pobreza, castidad y obediencia, esperando que la Providencia indicase el camino por el que quería llevar a su servidor. Su fervor era entonces grande, y hasta la tarde de su larga carrera guardó vivo su recuerdo³³.

La cuestión de la elección de un convento surgió con naturalidad al acabar los estudios en Mussidan. Desgraciadamente la relajación era general en los monasterios de la región; la pobreza sobre todo era mal observada y el espíritu del mundo se introducía hasta en las órdenes más austeras. Blas Chaminade, el Recoleta, mostraba en su convento una virtud poco común observando la regla a pesar de los ejemplos que tenía alrededor. En estas condiciones, Juan Bautista aconsejó a su hermano que se fijase provisionalmente en la Congregación de San Carlos en Mussidan, donde Luis ya había decidido quedarse.

Cuando todavía eran alumnos, los dos jóvenes estaban en el seminario entre los *escolares agregados*, que podían aspirar a la vida de sus maestros. No se les imponía ninguna práctica exterior, pero se les pedía una vida interior más intensa, una pureza de intención renovada más a menudo, «más recogimiento y silencio en las academias, en los comedores, en las clases y en el

está en la iglesia parroquial de san Jorge de Mussidan.

³⁰ Verdélais está a unas veinte leguas de Mussidan.

³¹ Cuando tenía ya ochenta y cuatro años, ofreció a monseñor Donnet hacer una promesa a nuestra Señora de Verdélais por la curación del prelado.

³² *Elogio fúnebre* de Luis Chaminade. *AGMAR 11.7.175.*

³³ Encontramos el eco en varias cartas de los últimos años de su vida. Habla explícitamente de sus votos en una *Memoria* del 18 de octubre de 1848. *Carta 1510, Lettres, t. VII, p. 632.*

estudio»³⁴. A los dieciséis años, los aspirantes podían ser admitidos en la Congregación como postulantes. La duración del postulantado era de dieciocho meses o dos años; este tiempo estaba jalonado por tres retiros de ocho días uno. Luis y José sufrieron estas pruebas y pasaron así del rango de alumnos al de *regentes*.

Pero sus estudios no habían terminado. Antes de llegar al sacerdocio, tenían que recorrer las clases de filosofía, física, dogma, moral y derecho. Fueron enviados a la *Mission* de Périgueux. Pero al cabo de un año pensaron que iban a sacar más provecho de las lecciones de su hermano mayor Juan Bautista; volvieron a Mussidan y se quedaron allí hasta que Juan Bautista les aconsejó que fuesen a acabar sus estudios a Burdeos y se graduasen allí.

Los grados en teología eran entonces más frecuentes que en nuestros días, porque se exigían para la obtención de algunos beneficios, pero sólo se podían conseguir en las universidades. En vano monseñor de Prêmeaux había hecho insistentes gestiones para conservar a sus clérigos en los seminarios, de modo que sólo tuvieran que presentarse a los exámenes en Burdeos. El canciller d'Aguesseau se opuso a ello.

Los clérigos perigordinos que aspiraban a graduarse iban a pasar algunos años a las universidades cercanas de Poitiers, Cahors y sobre todo Burdeos. Ganaba así su formación intelectual. Pero esta ventaja se compensaba con graves inconvenientes. Los peligros que corre el joven aislado en medio de una ciudad de negocios y de placeres como Burdeos eran el principal motivo de las gestiones de monseñor de Prêmeaux. Hacia 1780 estos peligros habían aumentado en proporción a la efervescencia de los espíritus: la sociedad bordelesa se apasionaba por las cuestiones políticas y económicas, las reformas de Turgot y de Necker, o la guerra con Inglaterra por la independencia de Estados Unidos; agitaba también los problemas suscitados por los filósofos, y Juan Jacobo Rousseau hacía dar vueltas a más de una cabeza. Había que hacer lo posible para no hacer sufrir a los jóvenes estudiantes los funestos efectos de esa tercera educación de la que hablaba Montesquieu. Decía³⁵: «Hoy recibimos tres educaciones diferentes: la de nuestros padres, la de nuestros maestros y la del mundo. La que recibimos en la tercera destruye las ideas de las primeras».

Los dos jóvenes clérigos de Mussidan^a supieron preservar su alma de esta influencia mortífera. Se instalaron en Burdeos con la resolución de no dejarse distraer de sus estudios, y de hecho no conocieron otro camino que el del colegio de Guyenne, donde enseñaban sus maestros³⁶ y el la iglesia de Sainte-Colombe, cita de los estudiantes piadosos. Un sacerdote de esta parroquia, Noël Lacroix³⁷, se había dedicado a este ministerio de la juventud y cuidaba de un modo particular a los estudiantes de teología que no tenían su familia en Burdeos. «Cada año, nos dice su biógrafo³⁸, al inaugurarse el curso de teología, se enteraba enseguida de quiénes eran los nuevos que frecuentaban la Universidad. Iba a verles, entraba en su corazón y ganaba su confianza con su amabilidad atenta y afectuosa. Para no perderlos de vista, les comprometía a integrarse en Sainte-Colombe o en Saint-Projet o en una de las iglesias más cercanas. Les ponía también en relación con sus otros discípulos y pronto formaban parte de su rebaño querido».

El Padre Lacroix no ahorraba ningún esfuerzo por ser útil a estos jóvenes. «Unas veces, sigue su biógrafo, los días de vacación, hacía con ellos un paseo para unirlos con los lazos de una amistad pura; participaba en sus juegos, después proponía algunas lecturas, de las que hacía un comentario tan interesante y tan piadoso que sus corazones se abrían a las más sublimes virtudes. Otras veces, poniendo más seriedad en sus relaciones con ellos, por conferencias y retiros formaba en ellos *el hombre nuevo en la santidad y en la justicia*. En otras ocasiones, les

³⁴ Esos son los términos de la *Règle de la Congrégation de Saint-Charles de Mussidan* (Archivos de la Compañía de María) *AGMAR* 20, 10.

³⁵ *Esprit des lois*, IV, 4.

^a *J.V., t. I, p. 28 afirma que los dos hermanos no permanecieron tan juntos en este período. Luis Javier recibió su formación fuera de Mussidan, pero G. José estuvo muy poco tiempo fuera de Mussidan.*

³⁶ La enseñanza teológica sólo se daba entonces en el Colegio de Guyenne o en Grands-Carmes. La cátedra de teología había sido suprimida en el Colegio de la Madeleine tras la marcha de los jesuitas.

³⁷ Nacido en Burdeos, en una familia de artesanos, el 31 de enero de 1746, se encargó, como vicario de Sainte-Colombe, de la cofradía fundada por su párroco, M. Allary. Lo volveremos a encontrar siguiendo este relato.

³⁸ El reverendo Taillefer, en su *Vie de M. Lacroix*, Bordeaux, q847, p. 24.

llevaba a los hospitales y a las cárceles, y, con sus ejemplos de caridad, hacía *como el águila que excita a sus polluelos a volar, extiende sus alas y revolotea a su alrededor*. Les había rodeado con ese seto protector de que habla la Escritura, y esta viña, tan bien cultivada, prometía frutos abundantes que no ha dejado de producir». Efectivamente, para calcular el bien realizado, basta ver el odio con el que los jansenistas persiguieron a los *Béguinguins* ("los del bonetillo"), que era como llamaban en burla a los jóvenes discípulos del Padre Lacroix, dedicándoles toda clase de bromas e injurias³⁹.

Así pues, los hermanos Chaminade tenían buena escuela en Burdeos. José pensaba en realizar lo más pronto posible su proyecto de vida religiosa. Entre el gran número de conventos de la ciudad, ¿no encontraría el que le estaba reservado? Visitó varios; ninguno respondía al ideal que se había formado: en todas partes el espíritu del siglo hacía estragos.

Una tarde⁴⁰, pasó delante de una iglesia de convento en el momento en que la campana anunciaba la bendición del Santísimo Sacramento y entró. Vio a los monjes en actitud de profundo recogimiento y quedó impresionado. «¿No estará aquí, se dijo, el lugar de mi reposo?». Al día siguiente por la mañana se presentó al Prior y solicitó el favor de ser admitido en la comunidad para un retiro de ocho días, con el propósito de pedir el santo hábito si Dios se lo inspiraba. Fue escuchado y compartió varios días la vida de los religiosos. ¡Terrible decepción! Por fuera estaban las apariencias de fervor; dentro estaban la relajación y el espíritu del mundo. No tuvo fuerzas para acabar el retiro: se retiró para reemprender con su hermano la vida de estudiante, quedando siempre a disposición de la Providencia.

Los dos jóvenes no pasaron desapercibidos entre la masa de estudiantes. Su profesor de teología, el Padre Langoiran, les distinguió, especialmente a José, con su afecto. Jean-Simon Langoiran era uno de los eclesiásticos mejor considerados de Burdeos. Hijo de un rico armador de la ciudad, había renunciado a una buena carrera según el mundo para entregar a Dios su persona, sus talentos y su fortuna. Fue sucesivamente dignatario del Capítulo de Saint-André, consejero de la Universidad y profesor de teología en el colegio de Guyenne. El nuevo arzobispo, monseñor de Cicé, sucesor en 1782 del príncipe Ferdinand Mériadec de Rohan, no tardó en vincularlo a su persona, llamándole a las funciones de vicario general. Humilde y bondadoso, generoso hasta el punto de distribuir a los pobres las cuantiosas rentas de su priorato de Mortagne, el Padre Langoiran era un modelo de virtud al mismo tiempo que una inteligencia excepcional. Las muestras de interés de tal maestro eran un gran honor para el joven Chaminade.

El Padre Langoiran había completado en París su formación teológica y sacerdotal⁴¹. Él fue sin duda el que aconsejó a los dos hermanos que fueran durante un tiempo a París, tanto para perfeccionarse en las ciencias como para prepararse al sacerdocio, bajo la experta dirección de los sacerdotes de la Compañía de San Sulpicio. Efectivamente, en la primavera de 1782 encontramos allí a los dos jóvenes, que tienen las órdenes menores y se prepararan para el subdiaconado, que reciben en el mes de mayo de ese mismo año.

Existía la costumbre de que los estudiantes de teología viviesen en los seminarios a partir de su subdiaconado⁴². Los hermanos Chaminade fueron admitidos a uno de los seminarios secundarios que dirigía en París la Compañía de San Sulpicio. Era el colegio de Lisieux, que ocupaba, desde 1764, los edificios del antiguo colegio de Laon, en la calle de la Montaigne-Sainte-Genève. Estaba al frente de este colegio un santo sacerdote, el P. Psalmon, de quien podemos decir las líneas que se le dedican en el *Eloge* de Luis Chaminade y que fueron escritas al dictado de José: «Hombre de mérito distinguido, dotado de una caridad poco común, el P. Psalmon tenía una renta de 12.000 libras, independientemente de las rentas de su casa; empleaba todos sus recursos en buenas obras y gozaba distribuyéndolos; se alimentaba y vestía como el

³⁹ M. Bertrand, *Histoire des Séminaires*, etc., p. 79, cita varios pasajes de *Nouvelles ecclésiastiques*, el periódico jansenista de la época, en el que el corresponsal bordelés se dedica a sacra chistes a propósito de la cofradía y su jefe. Véase también las *Tablettes* manuscritas de Bernadau, t. VIII, p. 595 y 596. (Biblioteca de la ciudad de Burdeos).

⁴⁰ Este relato está sacado de las notas manuscritas de M.P.Serment. *AGMAR 17.4.328, p. 34*.

⁴¹ Volvió a París en 1787, para seguir las lecciones de hebreo del profesor Asseline. (Féret, *Statistique de la Gironde, Biographie*, Bordeaux 1889, art. *Langoiran*, p. 374).

⁴² cf. [Taillefer], *Vie de l'abbé Lacroix*, página 15.

último criado de la comunidad». Sería después uno de los mártires de las jornadas de septiembre⁴³.

Tenemos pocas noticias de la estancia de José Chaminade en París. Probablemente de su contacto con los sacerdotes de San Sulpicio sacó su predilección por la doctrina espiritual de Olier. No parece que estuviera más de un año en la capital, porque, a partir de 1783, encontramos su firma en varios registros de Mussidan. ¿Dónde y cuándo recibió el sacerdocio? Lo ignoramos. Sabemos que hacia finales de 1783 era todavía subdiácono y que en 1785 su firma va acompañada con la mención: *sacerdote*⁴⁴. La misma incertidumbre existe sobre el lugar en que José obtuvo su título de doctor, aunque todos los indicios apuntan a Burdeos.

Luis prolongó más su estancia en París. Estuvo agregado a una sociedad literaria, el Museo de París, que en un tiempo llegó a ser famosa⁴⁵. Obtuvo la amistad de un eclesiástico de valor, Vincent de Martonne⁴⁶, cuya humildad retenía a las puertas el sacerdocio. La amistad les unió de por vida y cuando Luis volvió a Mussidan, Martonne decidió seguirle. Se encontró tan bien en Mussidan que se agregó a la Congregación de San Carlos y dejó al seminario la mayor parte de su fortuna.

Capítulo 3: Los primeros trabajos (1785-1792)

La vuelta de los hermanos Chaminade a Mussidan marcó para el Colegio el comienzo de una nueva era de prosperidad que duró hasta la Revolución. El P. Moze, sin abandonar la casa, encomendó a sus colaboradores el cuidado de la dirección⁴⁷. Juan Bautista Chaminade tomó, a partir de 1784, el título oficial de Superior de la casa; confió a Luis las funciones de prefecto de estudios y a José las de síndico o ecónomo.

La economía de la casa estaba en una situación poco satisfactoria⁴⁸. El nuevo síndico demostró saber hacer las cosas y una prudencia poco común en los procedimientos que empleó para devolver a la casa su antigua prosperidad. Empezó obras para la mejora material de los locales. Su hermana Lucrecia, viuda, tras un año de matrimonio, de un abogado del parlamento, Sr. Laulanie, quiso confiarle una parte de su fortuna. Las 30.000 libras de Vincent Martonne, las aportaciones de los propios hermanos Chaminade y las del P. Moze permitieron al síndico la compra de una fábrica de porcelana y de otras casas vecinas. Así se agrandó el seminario y se hizo una capilla cuya buena arquitectura se admiraba hace todavía pocos años en Mussidan⁴⁹.

⁴³ Fue degollado en los Carmelitas el 2 de septiembre de 1792. Cf. la reseña de Pierre-Nicolas Psalmon en Bertrand, *Hist. littéraire de la Compagnie de Saint-Sulpice*, Paris, Picard 1900, I, p. 509.

⁴⁴ Han desaparecido los registros de ordenación de París del período de 1780 a 1790. Los de Burdeos no van más allá de 1783. En cuanto a los de Périgueux, perecieron en la destrucción sistemática de los archivos eclesiásticos, operada por el primer archivero de la Dordogne, Prunis. Este curioso *conservador* se vanaglorió, según las notas del canónigo Brugière, de haber quemado en la plaza de la Clautre más de 30.000 documentos.

⁴⁵ Era el tiempo en que otra sociedad literaria, le *Lycée de Monsieur*, disputaba al *Musée de Paris* el nombre que llevaba, sin que consiguiese suplantarle. Varias ciudades de Francia tuvieron su *Musée* en esta época. El de Burdeos data de 1783.

⁴⁶ Señor de Vergeteaux en Normandía.

⁴⁷ El P. Moze sobrevivió a la Revolución y murió siendo párroco de Mussidan el 31 de marzo de 1811.

⁴⁸ El propio P. Chaminade nos lo hace ver cuando escribe a un ecónomo y le recomienda hacer las cosas bien, especialmente en lo que respecta a la alimentación: «Yo hice lo mismo en otro tiempo, en mi juventud, cuando me encargué de la administración del Seminario de Mussidan, totalmente endeudado» (Carta del 25 de septiembre de 1833). *Carta 702, Lettres, t. III, p. 327*.

⁴⁹ El colegio tenía una fachada arquitectónica en el lado de la campiña. Su distribución interior estaba bien ideada, pero las salas eran demasiado bajas, defecto inevitable cuando se trataba de adaptar casas particulares a un uso de este tipo.

En 1785 un real despacho aprobaba los diferentes reformas realizadas en el seminario y regulaba su empleo⁵⁰.

Los alumnos acudieron numerosos y se ocuparon las sesenta camas que tenía el internado; había además muchos externos. A partir de 1785, las entregas de premios tuvieron un brillo extraordinario. El programa se ponía bajo los auspicios de monseñor Grossoles de Flamarens, segundo sucesor de monseñor de Prêmeaux en la sede de Périgueux⁵¹. Ejercicios literarios realizaban la solemnidad y, en 1785, una *tragicomedia* muy original hacía comparecer «ante el Tribunal de las Ciencias al Colegio y los escolares», que se defendían victoriosamente contra las acusaciones de la dama *Ignorancia* y sus ministros. La reputación del Colegio se extendió por todo el Périgord; era uno de los más florecientes de la región en el momento de la Revolución.

José Chaminade, al mismo tiempo que contribuía al éxito de esta obra de educación, él mismo hacía un útil aprendizaje de la vida a la que iba a estar destinado. La regla que tuvo que observar en la comunidad de San Carlos era tan sabia que en ella se inspiró cuando él mismo dio una regla a sus discípulos. Se conserva el texto. Llevaba la doble impronta del espíritu de San Carlos y del espíritu de San Ignacio, y se preocupaba de la vida interior más que de la organización exterior.

Prescribía una hora de oración, al levantarse, de cuatro y media a cinco y media, un cuarto de hora de examen en medio del día, un examen general a la tarde; un día de retiro cada mes, ocho días de retiro al año. El silencio, fuera de las horas de recreo, era obligado, así como otras observancias monásticas. Las recomendaciones de detalle constituían todo un tratado de vida espiritual, resumido en esta frase: «No rehusar nada a Dios». De la vida religiosa no faltaban más que los votos, y sabemos que a veces eran suplidos con votos privados.

Las oraciones y las invocaciones que se utilizaban en la comunidad daban un lugar importante a dos devociones que en esta época encontraban fuertes contradictores, las devociones al Sagrado Corazón de Jesús y a la Inmaculada Concepción de la santísima Virgen. El oficio de regla en Mussidan era el Oficio Parvo de la Inmaculada Concepción, en otro tiempo objeto de violentos ataques por parte del jansenismo, pero aprobado por Roma a finales del siglo XVII. Esas dos devociones encontraron en José Chaminade un ardiente propagador y el Oficio Parvo de la Inmaculada será uno de los signos distintivos de sus congregaciones.

La regla no excluía ninguna de las obras de celo que podían presentarse en el cantón, pero daba preferencia a la educación. Por las recomendaciones que multiplicaba a este respecto se podrá deducir el interés que suscitaba. He aquí algunas: «1º Considerar la educación de la juventud como uno de los primeros y principales medios de procurar la salvación de las almas; - 2º trabajar en la educación de la juventud, sin ambicionar ser empleado en otras obras de celo, como predicar, confesar, etc.; - 3º estar encantado de dedicar toda la vida a trabajar en la educación de la juventud».

A los regentes les hacía advertencias sabias y precisas:

«1º Tener cuidado de que los escolares frecuenten los sacramentos, sepan el catecismo y se comporten bien en la iglesia; - 2º en todas las clases, escoger los medios aptos para producir en los escolares el amor y la estima de la virtud; - 3º llevarles al bien en las entrevistas particulares; - 4º orar a menudo por ellos y sobre todo inmediatamente antes y después de la clase; - 5º tratar a los escolares con cortesía y exigir que sean también corteses entre ellos; - 6º no aparecer nunca ni ignorante, ni furioso, ni demasiado familiar; - 7º prever fielmente los deberes que hay que dar y explicar en clase; - 8º mantener la emulación entre los escolares; - no hacer nada extraordinario, sobre todo en materia de castigos, sin el parecer del Superior».

Aunque encargado de la administración, José también participaba en la dirección intelectual y moral de los niños. Según reconocía él mismo, tenía éxito y, más tarde, viendo las

⁵⁰ En 1790 los inventarios muestran 8.450 libras de ingresos provenientes de las pensiones de los alumnos y 850 libras de entradas fijas. Un bordelés llamado Montgoie daba al Seminario una renta anual de 1.200 a 1.500 libras.

⁵¹ Monseñor Louis-Emmanuel Grossoles de Flamarens, último obispo de Périgueux antes de la Revolución (1773-1801), antiguo oficial de artillería, perteneciente a la nobleza, pero muy caritativo, era originario de la diócesis de Angers, y fue transferido de la diócesis de Quimper a la de Périgueux. Emigró al principio de la Revolución, vio su sede suprimida con el Concordato y murió en Londres en 1815.

dificultades de algunos de sus discípulos dedicados a la enseñanza, les animaba con reminiscencias de sus propios comienzos, aunque añadiendo: «Los jóvenes de entonces eran más dóciles que los de ahora». Era modestia por su parte; lo que cambiaba no era tanto el temperamento de los niños como la destreza del maestro.

A sus tareas en el seminario, el Padre Chaminade unía el ministerio de las almas en el hospital y sobre todo en el santuario nuestra Señora du Roc que él estaba encargado de servir. Su piedad filial a María le hacía este servicio especialmente agradable. Ganaba también en tener contacto con los fieles e iniciarse en un ministerio sacerdotal más completo.

La unión de los miembros de la pequeña Congregación de San Carlos era lo suficientemente estrecha como para las reglas no necesitasen prever ninguna organización; se contentaban con recomendar la obediencia al Superior. Eran bien tenidas en cuenta en este punto a juzgar por unas palabras de la correspondencia posterior del P. Chaminade: «Nunca, decía él⁵², tuve una palabra de más con mi primer jefe durante los dieciséis o diecisiete años que hice el trabajo de síndico». Este perfecto entendimiento constituía su fuerza y fue sin duda uno de los principales elementos de su éxito.

La reputación de los hermanos Chaminade crecía de día en día. Un testigo poco sospechoso, el famoso obispo constitucional Pierre Pontard, ofrece un testimonio precioso⁵³: «Los tres hermanos Chaminade eran en todo el cantón los santos por excelencia... Se les tomaba con toda razón como modelos de edificación». El obispo, monseñor de Flamarens, les tenía en alta estima y les dio una prueba de ello en un encargo delicado que les confió en 1785.

Los rumores precursores de la Revolución agitaban de manera singular la cabeza de una joven de los alrededores de Ribérac, Suzette Labrousse⁵⁴. Desde su infancia se había manifestado caprichosa y extravagante: a los nueve años había intentado envenenarse con arañas para llegar así antes al cielo; más tarde quiso desfigurarse con cal viva para protegerse de ciertos peligros. En vano se había intentado someterla a la disciplina regular de un convento: ella se decía llamada a recorrer el mundo como mendiga y a publicar sus visiones. Al principio sus profecías eran inofensivas, pero poco a poco se convirtieron en ataques a la Iglesia. A la manera de los reformadores del siglo XVI, clamaba contra los abusos y anunciaba próximos castigos. Había opiniones de todos los gustos. Acudieron al obispo, monseñor de Flamarens, que pensó que nadie mejor que los hermanos Chaminade para llevar este asunto.

Suzette fue dos veces a Mussidan y el 16 de octubre de 1785 entregó a sus examinadores los diez cuadernillos que contenían sus visiones. Entre visita y visita los hermanos Chaminade mantuvieron una correspondencia continuada y llegaron en su condescendencia a rogarle que les indicase lo que le parecía defectuoso en el seminario. Por la vaguedad de sus acusaciones, la violencia de sus proclamas, las contradicciones y la suficiencia de sus respuestas, comprendieron que el espíritu de Dios no estaba en la autora de estas manifestaciones y pronunciaron un juicio desfavorable. Suzette no se sometió. Continuó su papel de profetisa y sirvió de instrumento al clero constitucional, especialmente al obispo de la Dordogne, Pontard. Instigada por él empleó procedimientos jurídicos para que le devolviesen los cuadernos de sus visiones, que los hermanos Chaminade retenían para evitar el escándalo en la medida de lo posible. La visionaria se había dirigido a París en la época de los Estados generales, y allí se vio rodeada de miramientos por parte de los Mesmerianos, sobre todo de la duquesa de Condé, que la alojó en su palacio. Los constitucionales la dirigieron a Roma para que apareciese como otra Catalina de Siena reformando al Papa y a la Iglesia. Arrestada al entrar en los Estados pontificios, estuvo detenida durante tres años en el castillo de Sant'Angelo y volvió a París en 1798. Vivió allí totalmente olvidada hasta su muerte, ocurrida en 1821.

⁵² A Clouzet. Se ve por esta cita que desde 1777 José estuvo empleado en la casa en tareas del economato, aunque no tuviese el título oficial más que a partir de 1784. *Error en el destinatario: la carta está dirigida a Lalanne; se trata de la carta 837, de 26 de abril de 1836, Lettres, t. III, p. 615.*

⁵³ En su curioso folleto titulado: *Recueil des ouvrages de la célèbre Mlle. Labrousse*, Bordeaux, Brossier 1797, páginas 66 y 68.

⁵⁴ Había nacido en Vanxains, cerca de Ribérac, el 8 de mayo de 1747. Se puede consultar para todo lo que le concierne la obra del reverendo Christian Moreau, *Une mystique révolutionnaire*, Paris, Didot 1886. Esta pobre chica era una histérica, como lo prueba ampliamente esta obra. Entre otras profecías, anunciaba el fin del mundo para 1899.

Desde hacía tiempo los hermanos Chaminade presentían la conmoción cuya proximidad anunciaban tantos signos: sus presentimientos se vieron reforzados con el examen de la causa singular que acababan de juzgar. Junto con los hombres más lúcidos de la época, creían en la necesidad de una reforma de la antigua sociedad francesa, incluido el clero, pero no veían qué mano sería lo suficientemente enérgica y a la vez sabia para tomar la dirección del movimiento; temían con razón que la situación fuese conducida por el azar de los acontecimientos o la temeridad de los políticos y de los utópicos. Era un motivo para no desinteresarse de los asuntos públicos. Cuando se procedió a las elecciones para los Estados generales, José fue delegado en la asamblea de electores eclesiásticos en Périgueux. El obispo veía las cosas de otra manera y creyó deber abstenerse por lo que rehusó presidir la asamblea. Se procedió, sin embargo, a la elección de los dos diputados del clero y sus suplentes: el acta lleva la firma de José Chaminade (24 de marzo de 1789)⁵⁵.

Como ya se sabe, tras la reunión de los Estados generales, los acontecimientos se precipitaron como un torrente cuyos diques se han roto y que no vuelve a su cauce más que después de haber sembrado la ruina a su paso. Antes de acabar el año, la Asamblea constituyente había suprimido los privilegios, había proclamado el principio del gobierno representativo y había nacionalizado los bienes del clero. Se estaban ya preparando las leyes más nefastas.

Juan Bautista Chaminade no tuvo el dolor de ver los excesos de la Revolución. Su muerte, ocurrida en enero de 1790, mostró la estima de que gozaba. Cuenta un sacerdote bordelés⁵⁶: «Murió en la capilla del colegio, al pie mismo del altar en que acababa de ofrecer el santo sacrificio. A la noticia de su muerte, el pueblo, que le veneraba como a un santo, acudió en masa. Todos querían tocar su cuerpo con rosarios y otros objetos de piedad. Impresionado por tanto entusiasmo, un gendarme que se encontraba allí, se abre paso decididamente entre la masa, amenazando a quien hiciese ademán de querer frenarle. Al llegar cerca del cuerpo, toma la borla del bonete puesto en el cuerpo del difunto, la corta, la enseña a la asamblea, la mete en su bolsillo y se vuelve triunfalmente diciendo: «Esta reliquia me pertenece y desafío a quien quiera quitármela».

Con la muerte de su hermano Juan Bautista, José perdió a su mejor consejero precisamente cuando en aquellas circunstancias críticas era más útil su ayuda. No pudiendo prever el sesgo que iban a tomar los acontecimientos, decidió no dejarse sorprender por ellos. En la primavera de 1790 bajó a Burdeos, no para quedarse allí, sino para prepararse, en caso necesario, un refugio más seguro que el colegio de Mussidan. Encontró Burdeos más tranquilo de lo que esperaba: la agitación estaba contenida. La nueva administración del departamento de la Gironda había sido organizada e instalada sin trastornos; el alcalde, el conde de Fumel, era un hombre de garantía. Es verdad que la guardia nacional producía alguna preocupación; pero no había todavía divorcio entre Revolución y religión, y, gracias al buen carácter bordelés, se habían evitado los excesos y se había mantenido el orden.

El P. Chaminade consiguió una vivienda en una casa amiga, en la familia Chagne, calle Abadie nº 8⁵⁷; aquí conservó su domicilio legal durante toda la Revolución. Volvió a encontrar en Burdeos a su protector y amigo, el P. Langoiran, que compartía con el P. Antoine Boyer las difíciles funciones de administrador de la diócesis, en ausencia del arzobispo, diputado en la Constituyente⁵⁸. El P. Langoiran era pesimista en sus previsiones y dejó entrever al joven sacerdote las consecuencias que podría arrastrar la reorganización del clero según el proyecto de la Asamblea Constituyente: el trabajo confiado al jansenista Camus no auguraba nada nuevo; se

⁵⁵ *Procès-verbal des délibérations du clergé des trois sénéchaussées de Périgueux, Sarlat et Bergerac*, 1789. (Folleto impreso de 45 páginas).

⁵⁶ El Padre Rigagnon (L. Bertrand, *Hist. des Séminaires*, II, página 30).

⁵⁷ El nombre de esta calle es actualmente calle Dabadie. El nº 8 de ahora es el mismo que entonces, frente a la calle Pilet, cerca del paseo Victor Hugo. *En tiempo del P. Simler era así, pero hoy, el lugar de la casa sería el nº 13 que lo ocupa un edificio completamente renovado.*

⁵⁸ Monseñor Champion de Cicé, obispo de Rodez en 1771, arzobispo de Burdeos desde 1782, se había ganado cierta popularidad por ser uno de los primeros reunidos en el Tercer Estado. Se vio así nombrado para el peligroso honor de encargarse de los sellos del Estado en el momento en que la Constitución civil del clero fue sometida a la firma del rey. Con el Concordato fue transferido a la sede de Aix, donde murió en 1810.

temía un cisma; había que estar dispuesto a cumplir los deberes del santo ministerio en un tiempo de persecución y destierro. Urgió vivamente al P. Chaminade a juntarse a él en Burdeos, en cuanto los acontecimientos le aconsejasen dejar Mussidan.

Cuando volvió al colegio, no tuvo que esperar mucho tiempo para la realización de las previsiones del P. Langoiran. El 12 de julio, la Asamblea votaba la Constitución civil del clero, y el 24 de agosto el rey ponía su firma a esta ley impolítica y nefasta. No quedaba ya esperanza de una Revolución pacífica, una gran confusión había brotado en las conciencias; la insumisión a la ley se convertía en un deber y provocaba fatalmente la persecución con su cortejo de odios y desórdenes. Efectivamente, el 26 de diciembre de 1790, la Asamblea, preocupada de ser mejor obedecida, exigía el juramento de la Constitución civil, bajo pena de inhabilitación de todo empleo público.

Para cada sacerdote fue importante el momento de escoger entre el sacrificio de su conciencia o el cumplimiento de un peligroso deber. Más adelante, el P. Chaminade, cuando predicaba sobre la desconfianza de sí mismo, recordaba los ejemplos de los que había sido testigo en esta triste coyuntura: citaba en particular el caso de un sacerdote que conocía bien, con el que incluso se había confesado. Decía⁵⁹: «Cuando le vi por primera vez me edificó; cumplía bien sus deberes, pero había en él un algo que hacía presentir su pérdida. Yo no me detuve en estos pensamientos y los rechacé de mi mente; pero, por desgracia, no me equivocaba: este sacerdote llegó a ser uno de los más perversos durante la Revolución; se dejó deslizar por la pendiente, fue arrastrado por el torrente y se perdió completamente».

En el Perigord, la actitud del clero fue en general admirable⁶⁰. La gran mayoría de los sacerdotes de Sarlat y Ribérac se negó al juramento. Lo mismo sucedió en Bergerac, de donde un amigo del P. Chaminade, el Padre Lebeuf, le escribía en enero de 1791: «Mi querido Minet, la ceremonia del juramento terminará el domingo con la “frailería”. Uno de los nuestros, el único desertor del clero secular, recibió honores de guerra, fue declarado capellán del regimiento y pasó bajo las banderas, signo de honor, que en la antigüedad era una señal de esclavitud».

En los distritos de Périgueux y Mussidan, las deserciones, aunque siempre en pequeño número, eran menos raras. Por eso era importante que, en esos distritos, los sacerdotes que habían permanecido fieles diesen el ejemplo de una aceptación firme a las sanas doctrinas para compensar el escándalo cercano. En Périgueux, la Congregación de la Misión estuvo a la altura de las circunstancias: «el Seminario se convirtió en el cuartel general de la ortodoxia»⁶¹. San Carlos de Mussidan no le fue a la zaga: cuando los hermanos Chaminade y sus colegas fueron llamados al Ayuntamiento, el 9 de enero de 1791, para saber cuáles eran sus disposiciones respecto al juramento, no se contentaron con negarse a someterse a él, sino que explicaron al pueblo las razones de su negativa, transformando así en saludable predicación la escena de escándalo que se había preparado.

Se creyeron en la obligación de hacer todavía más: para informar a la gente sobre la naturaleza y las consecuencias de la Constitución civil del clero, repartieron por todas partes la famosa *Exposición de principios*, en que treinta obispos, diputados en la Asamblea, denunciaban los peligros de esta Constitución y los abusos de poder que se pretendían imponer a la Iglesia de Francia. Esta propaganda de las buenas doctrinas era oportuna. Nos lo revela Pierre Pontard, nuevo obispo constitucional de la Dordogne, cuando, en su toma de posesión, tronaba «contra las dos obras que han hecho tanto mal, sobre todo en el departamento de la Dordogne: la Exposición de Principios y el Mandamiento atribuido a monseñor de Boulogne»⁶².

Los *Amigos de la Constitución* de Mussidan, testigos de la indecisión de la gente tras estos esfuerzos de los sacerdotes fieles, publicaron un *Memorial a los habitantes del campo*⁶³, en el que los refractarios aparecían como defensores irreductibles del antiguo régimen y sus

⁵⁹ En una de sus *Conférences*. Manuscrito de las Hijas de María de Agen.

⁶⁰ Sobre los 1.200 sacerdotes aproximadamente con que contaban las dos diócesis de Périgueux y Sarlat, no hubo más que 200 que desertaron, según la estimación del canónigo Brugière; faltan las listas completas.

⁶¹ Crédot, *Pierre Pontard*, p. 404.

⁶² Crédot, *o.c.*, p. 194.

⁶³ *Adresse aux habitants de la campagne*. Biblioteca de Périgueux. Cajas Lapeyre.

abusos. Probablemente fue respondiendo a este memorial que los directores de Mussidan, por la pluma de José Chaminade, publicaron a su vez un opúsculo contra el juramento⁶⁴.

Pero los patriotas no tenían tiempo para prestar atención a las protestas de los oprimidos; estaban ocupados en homenajear a su párroco constitucional, Sarraudie, y más todavía a su compatriota Pontard, promovido por los electores de Périgueux a la sede episcopal de la Dordogne. De paso hacia Burdeos, para hacerse consagrar allí por el obispo de las Landas, Saurines, Pontard se paró en Mussidan para recibir las felicitaciones de los suyos y descargar su corazón de las amarguras que había bebido de los que se atrevían a calificarle de intruso⁶⁵. Su pensamiento se dirigía naturalmente hacia estos refractarios del Seminario, rebeldes a su autoridad, cuya resistencia era más sensible en la medida en que su virtud era incontestable.

Por lo demás, estos sacerdotes ya no podían conservar la dirección del Seminario puesto que se habían negado a hacer el juramento. Si todavía seguían allí era porque el municipio no les había encontrado reemplazantes. Por fin, en junio de 1791 se presentaron dos maestros laicos. Pero su llegada ya había sido prevista. Los niños, previamente instruidos sobre lo que tenían que hacer, habían sido despedidos sin ruido y la casa se encontraba vacía. Hasta el mobiliario había sido vendido. El municipio disimuló su despecho. Sabía la consideración de que gozaban los hermanos Chaminade y lo impolítico que hubiera sido recurrir a medidas de violencia contra ellos. Les suplicó que se quedasen en la casa, esperando tapar, con su presencia, los cambios operados en la dirección del colegio. Aun más, en una deliberación del directorio del distrito, con fecha 13 de agosto de 1791, se decidía pedir «que la nación asegure una paga vitalicia al señor Moze, así como a los señores Chaminade, por los servicios públicos prestados con su dedicación y sus desvelos, y teniendo en cuenta que quedan privados de la fuente de ingreso, al no poder continuar en su puesto por escrúpulo de conciencia».

Este lenguaje moderado mostraba suficientemente la estima que rodeaba a los antiguos profesores del Colegio. Cedieron a la petición del municipio, con la esperanza de hacer algún bien o de impedir algún mal; conservaron su habitación en el seminario, pero sin intervenir en la enseñanza, que era dada por los nuevos maestros a los pocos alumnos que volvieron al Colegio. Como todavía reinaba cierta tolerancia respecto a los inconformistas, ejercían su santo ministerio entre los fieles. José Chaminade figura en los documentos oficiales del año 1791, a veces con el título de capellán de nuestra Señora du Roc, otras veces con el capellán del hospital, e incluso con el de vicario de la parroquia Saint-Georges y, a pesar de no ser de los juramentados, gozó de una paga oficial durante todo el año 1791.

Sin embargo, no se había olvidado del proyecto del que había hablado con el P. Langoiran. Apareció varias veces en Burdeos, para mantenerse al corriente de los acontecimientos y, después de pensarlo bien, hacia fin de año juzgó que su presencia era menos útil en Mussidan, donde su hermano Luis y otros sacerdotes se bastaban para la tarea, que en Burdeos, donde tendría que protegerse del desencadenamiento de la tempestad.

Burdeos iba progresivamente hacia la violencia. Las discusiones y los panfletos relativos a la cuestión del juramento, la instalación del obispo constitucional Pacareau⁶⁶ y de los diez párrocos de la ciudad, de los que algunos, como Dominique Lacombe⁶⁷, no se callaban fácilmente: todas esas circunstancias conseguían el efecto de provocar la fermentación de los espíritus. El municipio, todavía en poder de los moderados, se esforzaba en mantener la calma y prevenir los excesos; incluso toleraba el ejercicio público del culto católico en tres iglesias de la ciudad, las de la Merci, de los Minimes y de Saint-Maixent. Pero ¿cuánto tiempo resistiría a la excitación de los clubs, donde hacía soflamas una banda de aventureros de fuera de Burdeos,

⁶⁴ Lo sabemos por la carta del reverendo Lebeuf citada más arriba. No hemos podido distinguir este escrito anónimo entre la multitud de folletos que aparecieron entonces sobre el mismo tema.

⁶⁵ Crédot, *o.c.*, p. 150.

⁶⁶ Pierre Pacareau, nacido en 1711, uno de los miembros más conocidos del clero bordelés, vicario particular a la muerte de monseñor d'Audibert de Lussan, era muy instruido, pero jansenista irreductible. Consagrado con Pontard en abril de 1791, murió en 1797.

⁶⁷ Dominique Lacombe, nacido en Montréjeau (Haute-Garonne) en 1749, entró en los Doctrinarios de Tarbes en 1766, y fue rector del colegio de Guyenne en 1788. Fue el sucesor de Pacareau en la sede metropolitana de la Gironde; con el Concordato, obtuvo la sede de Angulema.

atraídos por el cebo de un fácil botín, que explotaban el patriotismo como si ellos actuasen de distinta manera?

En esa coyuntura, el P. Chaminade creyó conveniente fijar su residencia en Burdeos. El P. Langoiran le aconsejó que comprase una finca, situada en el barrio del Tondu, colindante con el municipio de Talence. Esta propiedad aislada proporcionaría un retiro más seguro que la ciudad; además, sus ingresos podrían asegurar buenos recursos porque, situada en el Haut-Brion, uno de los cantones más reputados de Graves⁶⁸, tenía plantadas viñas en una tierra excelente. El P. Langoiran sabía que el P. Chaminade había invertido su pequeña fortuna en el seminario de Mussidan. Por eso, se ofreció a adelantarle la mayor parte del precio de la compra, con la condición de una renta vitalicia de 1300 francos, que le pasaría el P. Chaminade. Las condiciones fueron aceptadas y el contrato se firmó el 10 de diciembre de 1791, en casa del propio Langoiran⁶⁹.

La finca de la que el P. Chaminade se convertía en propietario llevaba el nombre de Saint Laurent [San Lorenzo], en recuerdo de una antigua parroquia del mismo nombre cuyas ruinas subsistían todavía en los alrededores⁷⁰. Su extensión era de más de una hectárea y media; además del viñedo, comprendía una pequeña casa de propietario, una alameda de plátanos, una huerta, una casita de granja y unas bodegas. Un único camino, llamado camino del Tondu, conducía a la finca iba a lo largo de un lado. Para mayor seguridad, el P. Chaminade compró una parcela que hacía enclave y construyó un muro de cierre.

Instalarse y vivir ostensiblemente en esta finca hubiera sido una imprudencia. Pensó en sus padres que eran ya de edad avanzada y gastados; estimó que San Lorenzo sería para ellos una casa tranquila, sana y agradable, y que su presencia disimularía de maravilla lo que tenía que esconder para cumplir su ministerio. Fue a Périgueux, en abril de 1792, a arreglar el asunto. No le fue difícil: el amor de estos ancianos por su querido José y la satisfacción de vivir con él prevalecieron sobre las demás consideraciones, incluso sobre la necesidad de cambiar sus pequeños hábitos y separarse de sus viejos conocidos^a. Dejaron el comercio a su hijo Francisco, se trasladaron a Burdeos y se instalaron en San Lorenzo como en su casa. En los libros de registro y documentos públicos, José era el verdadero propietario pero, entre los vecinos, se pensaba que había comprado esta finca expresamente para alojar a sus padres. Así se explicaría su ausencia cuando fuese buscado y perseguido por las autoridades. Por otra parte, conservó siempre su domicilio legal en la calle Abadie.

Tras tomar estas precauciones, abandonó definitivamente, con sentimiento y emoción, la pequeña ciudad de Mussidan, que había conocido las primicias de su apostolado. El pobre colegio, del que Luis se resistía a arrancarse, estaba casi desierto. En vano se esforzaba el municipio en atraer alumnos; en vano multiplicaba sus peticiones de ayuda al gobierno. El informe que dirigió, el 6 de abril de 1792, al ministro de Instrucción pública era una oración fúnebre del antiguo colegio. En él se vanagloriaba de la comodidad y condiciones higiénicas de los edificios, la prosperidad constante de esta casa de educación, la dedicación desinteresada de los antiguos maestros y los éxitos obtenidos. Cuatro años después, los edificios, que habían quedado vacíos, fueron vendidos en subasta pública en Périgueux⁷¹.

⁶⁸ «El mejor terreno de los vinos tintos de Graves es el del Haut-Brion; sus productos están clasificados en el mercado como de los mejores vinos del Médoc» (Jouannet, *Statistique générale de la Gironde*, II, p. 227.- *Id.* Féret, *Statistique de la Gironde*).

⁶⁹ La propiedad fue comprada al precio de 18.000 francos, de los que el reverendo Langoiran adelantó 13.000.

⁷⁰ Sobre la parroquia Saint-Laurent d'Escures o d'Obscures, se pude consultar Baurein, *Variétés bordelaises*, edición 1876, t. II, p. 237.

^a *J.V., t. I, p. 119, afirma que Blas Chaminade y Catalina Bethon habían vivido ya varios años en el Seminario de S. Carlos de Mussidan con sus hijos, antes de 1791, en que tuvieron que volver a Périgueux, por causa de los acontecimientos. Su antigua casa de la ciudad la habían dejado a su hijo Francisco, que se encargó también del comercio de paños. Ahora Francisco tenía cuatro hijos y la vuelta de sus padres de nuevo era un pequeño problema, por lo cual aceptaron gustosos la invitación de José para ir a vivir a Burdeos. En la finca de San Lorenzo encontraron un ambiente parecido al de Mussidan, de modo que no tuvieron que cambiar sus pequeños hábitos ni separarse de sus viejos conocidos.*

⁷¹ Fueron vendidos por 2.649 libras, el 18 prairial año IV. Después de la Revolución, los habitantes de

En cuanto el P. Chaminade se instaló en Burdeos ya algunos signos precursores de la tempestad que le reforzaron en la idea de que había hecho bien en darse prisa. El mundo rural resultaba cada vez más insostenible para los refractarios; éstos afluían de todas partes, esperando encontrar en Burdeos un refugio contra las vejaciones de los jacobinos de los pueblos. Los clubs de Burdeos se alteraron: calculaban en dos mil el número de refugiados: la ciudad estaba en peligro. El directorio del departamento dio contra ellos un decreto de expulsión y, al mismo tiempo, retiró a los católicos las tres iglesias que todavía tenían (febrero de 1792).

Era un aliento para los patriotas; los ecos de los desórdenes de París repercutieron en Burdeos y terminaron provocando, el 15 de julio de 1792, el primer tumulto que ensangrentó la ciudad. Era al día siguiente de la segunda fiesta de la Federación; la exaltación de los espíritus llegó a su cumbre; hacía falta una víctima para los furiosos de los clubs. Desde hacía tiempo el designado era el P. Langoiran, punto de mira de todos los odios, jefe oficial de los refractarios y su abogado defensor en una famosa carta que terminaba así: «Me parece extraño que después de haber decretado la libertad de las opiniones religiosas, se someta a cincuenta mil eclesiásticos a la cruel alternativa de un falso juramento o de una indigencia sin recursos, que se diga a cada uno de ellos: Muérete de hambre o jura contra la luz de tu conciencia». No se le perdonó la culpa de tener razón. La turba fue a buscarlo al burgo de Cauderan, donde se había retirado⁷², lo arrastró por las calles hasta el arzobispado y allí, en la escalinata, lo degolló junto con otro sacerdote, el Padre Dupuy⁷³.

Era el prólogo del Terror. Algunas semanas después la monarquía se hundía en la jornada del 10 de agosto. Un decreto ordenó a los directorios de los departamentos hacer abandonar, en el plazo de quince días, el territorio francés a todos los refractarios que se negasen a prestar el juramento siguiente: «Juro mantener con toda mi voluntad la libertad, la igualdad, la seguridad de las personas y propiedades, y morir, si fuera preciso, por la ejecución de la ley» (26 de agosto de 1792).

La medida alcanzaba a los hermanos Chaminade. José había desaparecido de Mussidan hacía seis meses. Se sabía que había ido a Burdeos y que había comprado allí una propiedad; pero no se le pudo localizar para notificarle la ley. Al contrario de sus hermanos mayores, Blas y Luis, que fueron encontrados en su domicilio y obligados a exiliarse.

Blas, el Recoleta, tomó el camino de Roma con aquellos cohermanos que habían permanecido fieles, porque habían tenido que lamentar varias defecciones. Antes de su marcha pudieron librar de la profanación los objetos más preciosos de su iglesia, en particular las reliquias, de las que gran número fueron entregadas a José y depositadas más tarde en la iglesia de la Magdalena.

José hablaba siempre de su hermano Blas con un gran respeto. La austeridad de su vida, su amor apasionado por la santa pobreza mostraban en él a un verdadero hijo de san Francisco. Ni los disturbios interiores, ni la Revolución ni las funciones de Provincial, que ejerció durante algún tiempo, produjeron ningún cambio en su vida mortificada. Sus vestidos eran usados y remendados y tenía siempre la cabeza descubierta. Nunca llevaba dinero. Un día que iba a predicar una misión a quince leguas de distancia, a sus hermanos que le preguntaron si no tomaba nada para el camino, les contestó: «No había pensado en ello, dadme tres monedas para

Mussidan vieron poner en las paredes de su ciudad un anuncio con el título *Monitum y la divisa* Scientia pabulum animi. Un tal Loquineaud anunciaba en público "tras haber sido durante mucho tiempo tambaleado, magullado y finalmente derribado por las sacudidas terribles de la tormenta revolucionaria, se había fijado en la ciudad y prometía dar a los niños que le fuesen confiados "no solamente la parte de educación que lleva al genio sino también el modo de conducirse civilmente en la sociedad". ¡El antiguo seminario quedaba bien vengado! Después de este charlatán otros más recomendables intentaron la tarea educativa, hasta que la ciudad utilizó los edificios para la escuela municipal. Durante algún tiempo ésta estuvo confiada a los hijos del P. Chaminade, los Hermanos de María.- En 1879 todas las antiguas construcciones fueron demolidas y en su emplazamiento se construyó el ayuntamiento, las escuelas y el juzgado de paz.

⁷² Fue detenido en el camino de la Cape, detrás de la finca de Grand Lebrun.

⁷³ En esta ocasión, monseñor de Cicé, retirado en Inglaterra, dirigió a su pueblo una conmovedora carta en la que, después de deplorar la matanza de su vicario general y las desgracias de Francia, hacía humilde confesión del error que había cometido refrendando, como guardasellos, la funesta Constitución civil.

pasar el río; el barquero va a jurar si no le doy nada. En cuanto a mí, Dios sabe por quién trabajo; ¿acaso me puede faltar lo necesario?»⁷⁴.

Cuando retornó a Francia, después de la Revolución, no pudo volver al convento porque no se habían restablecido todavía las órdenes religiosas y aceptó servir en el clero secular, primero como párroco en Coursac, y después, a partir de 1804, como vicario en Saint-Astier. No dejó nunca de llevar un cilicio y se daba regularmente disciplina. Conservó igualmente la costumbre de tener la cabeza descubierta; se dice que le no le convenía pasearse por lugares expuestos al sol. Uno de los lados de la iglesia se había convertido para él en un lugar de retiro, en el que pasaba la mayor parte del día rezando y leyendo. Los naturales del lugar le tenían en gran veneración y, cuando murió el 2 de noviembre de 1822, sus restos mortales fueron objeto de las mismas manifestaciones que se produjeron cuando la muerte de su hermano Juan Bautista. Durante los dos días que quedó expuesto en su lecho fúnebre, se disputaban trozos de sus vestidos; fue preciso hacer guardia ante él, para impedir que fuese completamente despojado⁷⁵.

En cuanto a Luis Chaminade, el decreto del 26 de agosto de 1792 le llegó cuando todavía estaba en el colegio de Mussidan. Cuando fue interrogado por las autoridades, declaró que quería retirarse a España, como la mayor parte de los sacerdotes de la diócesis. El 7 de septiembre el directorio le expidió el pasaporte; marchó enseguida con otros pobres exiliados y se dirigió a Burdeos, en medio de los insultos y de las amenazas de las masas alborotadas.

En las calles de Burdeos⁷⁶, no se oían más que canciones demagógicas; sobre todo por la tarde, tropas de jóvenes y mujeres recorrían las calles y plazas vociferando estribillos patrióticos. Los buenos estaban aterrados; corrían en torno a los sacerdotes que llegaban de todas partes para subir a los buques que salían, pedían la bendición de estos nuevos confesores de la fe y se sentían felices cuando podían recoger de su boca alguna palabra de ánimo.

A Luis le esperaban sus padres y su hermano José. Pero cuando llegó a Burdeos, no pensaba más que en ser útil a los fieles hasta el día de su marcha. Con las debidas licencias eclesiásticas, ejerció el santo ministerio sin temor y, al mismo tiempo, sin ostentación. «La reputación de sus obras, leemos en su *Elogio fúnebre*, la fama de sus méritos le precedieron en Burdeos. Los fieles acudían a él para ser escuchados y bendecidos; no tenían en cuenta las prohibiciones, los espionajes, ni las sanciones con las que se les amenazaba. Oyó las confesiones de personas de toda condición y anunció las verdades de la fe».

Llegó el momento de la separación: fue el 15 de septiembre a las seis de la tarde Luis supo acallar su propio dolor para no pensar más que en el de su pobre patria; sus últimas palabras fueron un adiós emocionado a esta tierra de Francia que, por sus indignos representantes, le rechazaba de su seno. «¡Que Dios, dijo él, no me devuelva ni mis afectos ni ninguno de mis bienes, que me deje privado de todo, salvo de su luz, y que en cambio te colme siempre de sus bendiciones y te devuelva tus leyes, tus costumbres, la religión y la paz!»⁷⁷.

En el barco *La Providence* se encontraron 54 sacerdotes de las diócesis de Périgueux, Sarlat y Agen. Durante dos jornadas mortales permanecieron en el puerto, al no haber una marea lo suficientemente fuerte como para salir. Temblaban con la idea de que, furiosos y celosos de las "hazañas" de los amotinados de septiembre, les fuesen a llevar a tierra para darles el mismo destino que a los mártires de los Carmelitas y de la Abbaye. Por fin vino la marea y, con ella, el alivio. Hubo todavía alguna inquietud durante la navegación a lo largo del río, pero el capitán mantuvo la embarcación en medio del canal para no exponer a sus pasajeros a las

⁷⁴ Notas manuscritas de P. Serment.

⁷⁵ Los detalles relativos a la estancia de Blas Chaminade en Saint-Astier y su muerte fueron relatados al canónigo Eugenio Chaminade por el reverendo Lafon, vicario en Saint-Astier. *En la "Revista Marianista Internacional", n° 5, abril 1986, p. 44-57, Joseph Verrier publica un artículo sobre la vida y la muerte de este hermano del P. Chaminade, fruto del descubrimiento, posterior a esta biografía, de diversos documentos.*

⁷⁶ La mayor parte de los detalles relativos a este viaje de Luis están tomados de los relatos de sus compañeros de infortunio, el párroco de Eymet, Jean-Baptiste Artigues, cuyo relato está transcrito en la página 4 del *Livre d'or* del P. Brugière.

⁷⁷ *Eloge funèbre de Louis Chaminade.*

miradas inquisitoriales de los patriotas de Blaye, Pauillac y Royan. Cuando se divisó la torre de Cardouan, los sacerdotes pudieron respirar y entonaron el *Laudate Dominum*. Pero no habían terminado sus tribulaciones; una tempestad estuvo a punto de engullir el barco, la tripulación y los pasajeros. Dejemos la palabra a un pasajero sacerdote, testigo de esta escena de desolación: «Esta misma tarde del jueves, cuenta el Padre Artigues, después de una excelente jornada, empieza a levantarse una tempestad..., el viento se hace furioso, el barco recibe fuertes sacudidas, se ladea, y todo esto en medio de una noche oscura. Toda la tripulación se pone en acción. Nosotros rezamos de todo corazón. A las once se oye un enorme ruido y nosotros creemos estar tocando el último instante de nuestra vida. El Superior de Mussidan (así llama el P. Artigues a Luis Chaminade), hombre respetable, nos dice entonces: «Ha llegado el momento de comparecer ante Dios! ». El uno llora, el otro... pide confesarse, otro solicita la absolución. Por mi parte, me preparo también a la muerte y tomo en la mano el Sagrado Corazón de Jesús. Hacemos una promesa a la santísima Virgen, que cumpliremos en cuanto pisemos tierra; perdonamos de corazón a todos nuestros enemigos y pedimos la salvación de Francia. Enseguida una calma religiosa reina entre nosotros».

Al llegar el día, la tempestad se apaciguó y el barco atracó en San Sebastián. No había sido este puerto el destino previsto; pero los exiliados fueron acogidos con caridad por las autoridades y por la población de la ciudad. Unos tomaron el camino de Zaragoza, otros permanecieron cerca de la frontera, con la esperanza de volver pronto a su patria. Luis Chaminade fue de estos últimos. Se estableció en un pueblo cuyo nombre ignoramos, a igual distancia de Loyola y de nuestra Señora de Guadalupe. Pero, lejos de ver reabrirse las puertas de Francia ante los exiliados, fue obligado, por órdenes venidas de Madrid, a alejarse de la frontera. Como muchos otros sacerdotes desterrados, acogió con diligencia la caritativa invitación del obispo de Orense en Galicia, monseñor Pedro de Quevedo. Permaneció junto a este digno prelado durante cinco años, es decir, hasta 1797. En esa fecha, José sería su vez desterrado del territorio francés, y la Providencia reuniría a los dos hermanos en Zaragoza.
